AÑO III — BUENOS AIRES, 25 DE AGOSTO DE 1924 — No. 136

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0 478 — B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a A. Barrera

Democracia y capitalismo

Los socialistas están empeñados en cohonestar la democracia con el capitalismo. Para explicar el fenómeno de la explotación del hombre en un régimen de igualdad política, hacen del Estado una entidad abstracta, en pugna con los intereses de clase o colocado por encima de las luchas de índole económica. ¿Que la burguesía vive del sudor del proletariado, monopoliza en su beneficio las riquezas sociales y tiene a su disposición las fuerzas armadas que amparan esa iniquidad? La culpa no es del Estado, sino de los que lo representan y obran en detrimento de la soberanía popular.

Para los jefes social-demócratas todo problema tiene solución en las leyes. Los antagonismos de clase, las luchas de intereses, el violento choque de las ambiciones más desenfrenadas se pueden evitar elevando al Estado a la categoría de potencia jurídica indiscutible e inviolable. Y la solución inmediata de todos los problemas sociales se consigue llevando al poder a hombres que sepan oficiar de jueces imparciales en las disputas del privilegiado y del desposeído o transformando los gobiernos de clase en entidades políticamente regidas por los representantes de la mayoría ciudadana.

Fieles a ese criterio legalista, los jefes del socialismo ofician de consejeros de la burguesía y propenden a la solución pacífica de los problemas que más agitaciones provocan en la masa obrera. Desde el apéndice obrerista de la Liga de las Naciones la social-democracia europea establece su base de colaboración con el capitalismo, empeñándose en cohonestar su teoría de Estado con la existencia de las clases sociales y el predominio económico de una minoría usufructuaria de la riqueza común. ¿Qué importa que la armonía sea imposible y los choques inevitables den al traste con todas las componendas del reformismo? Los lacayos se empeñan en demostrar su utilidad, entregándose a toda clase de menesteres y realizando las más odiosas funciones.

Lo que interesa a los dirigentes de Amsterdam, a los políticos que operan en la encrucijada del movimiento obrero y proyectan desde esas posiciones de emboscada su avance al poder, es mantener la confusión en el proletariado y hacer prevalecer el engaño de sus programas reformistas. Para ello idealizan la precaria y vulgar idolatría estatal, colocan al Estado en la categoría de las divinidades y pretenden substraer a la democracia de la influencia capitalista que corrompe a sus servidores y hace de las leyes el escudo de sus latrocinios y de sus expolios.

Para halagar a la clase obrera y mantener sus posiciones de jefes nominales del proletariado, la comparsa reformista incorporó a su programa el régimen legal de las ocho horas de trabajo. En los congresos sindicales y políticos del socialismo europeo se planteó esa conquista jurídica. Pero las verdaderas actividades de los lacayos de la burguesía aliada se desenvuelven en la oficina internacional del trabajo anexa a la Liga de las Naciones. Es desde ese apéndice del obrerismo oficial que los social-reformistas trabajan su ascensión al poder y sirven fielmente al capitalismo.

La Liga de las Naciones es una entidad jurídica creada por el Tratado de Versalles. Tiende teóricamente al internacionalismo burgués, pero en la práctica sólo sirve como instrumento político de las naciones que ganaron la última guerra y se ejerce principalmente contra Alemania. ¿Qué régimen de igualdad social pueden propiciar quienes sirven a un bando capitalista y se esfuerzan en consagrar la victoria de una alianza de naciones, aún cuando en esa parte radiquen los socialistas el orígen de la democracia y la única base de paz para el futuro?

Si particularizamos en la prédica por la jornada legal de las ocho horas de trabajo la tendencia obrerista de la oficina internacional del trabajo de la Liga de las Naciones, veremos que sus resoluciones sólo tienen en cuenta una cuestión de capacidad productiva y de competencia industrial. La burguesía aliada, y con ella los dirigentes de las Internacionales socialistas, propician la jornada mundial de ocho horas para evitar que la industria alemana vuelva a competir en el mercado y a invadir al mundo con sus productos manufacturados a más bajo costo. Por eso la convención de Washington, al establecer la jornada máxima de labor en las industrias, quiso colocar en igualdad de condiciones la mano de obra industrial, no para favorecer a la clase obrera, sino simplemente para equilibar el valor de los productos similares en todos los países.

Los socialistas constatan el fracaso de todos los esfuerzos realizados hasta ahora para legalizar la jornada mundial de ocho horas de trabajo en las industrias. A un jefe reformista pertenece este curioso comentario:

"Cinco años hace que entró en vigor la ley francesa de las ocho horas, y también cinco años que la primera conferencia internacional del trabajo, en Washington, votó—puede decirse por unanimidad—un proyecto de convención que hacía extensivo a las grandes comunidades industriales el régimen de la ley francesa.

"Pero desde esa época, a pesar de los esfuerzos del director de la Oficina Internacional del Trabajo, Albert Thomas, ningún país consintió todavía en ratificar la convención de Wáshington.

"Eso se explica, en rigor: en la mayoría de los grandes países los industriales experimentan cierta desconfianza respecto a las prácticas de sus competidores en los países vecinos. En principio, la mayoría de los grandes países industriales adoptaron la jornada de ocho horas; pero el sistema de las derogaciones y de las tolerancias hace que sea ilusoria en muchos casos.

"Así es como Alemania, el año último, con pretexto de su quiebra monetaria, y de la obligación de pagar las reparaciones, aplicó una ordenanza que lleva un golpe directo al régimen de las ocho horas, y que hace precario el sistema de la limitación de la jornada de trabajo.

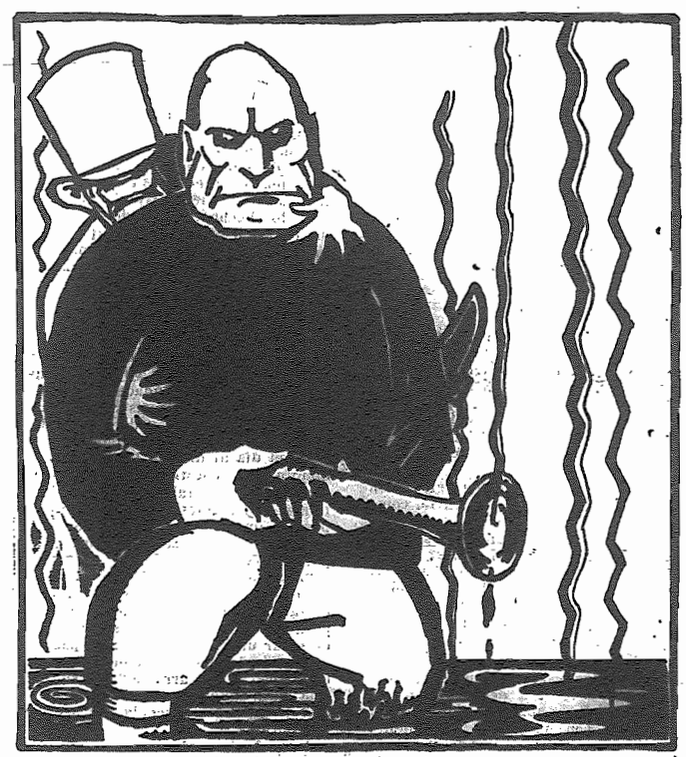
"Hoy, por consiguiente, para que esa gran conquista de la democracia y del salariado, llamada "las 8 horas" llegue a ser algo efectiva, es preciso que la convención de Wáshington sea ratificada y que puedan funcionar el control y las sanciones previstas en la parte XIII del tratado de Versalles".

En comentarios sucesivos, el mismo socialista llega a la conclusión de que las reparaciones que debe pagar Alemania no deben caer sobre la clase trabajadora alemana. Pero no le mueve el interés de evitar al proletariado alemán la carga pesada del desastre provocado por las ambiciones capitalistas que desataron la última guerra. Opina que si la industria alemana obtiene menor costo en la mano de obra, emprenderá una desastrosa competencia a la industria francesa y británica, lo que ocasionará una nueva lucha industrial y financiera en el terreno de la producción y del consumo.

No sabemos como encontrarán una salida del atolladero en que se encuentra Europa, los jefes de la social-democracia. Constatamos el inútil empeño de los lacayos de la burguesía, en reconciliar los intereses del capitalismo con la miseria de los trabajadores, que son los únicos que pagan las consecuencias de la guerra y de la paz armada.

Para cohonestar la democracia con el capitalismo los socialistas renuncian a toda lucha en el terreno

Fracaso de una dictadura.—



—Te estás metiendo en honduras Benito, y tengo miedo.
—Prendase fuerte majestad, que mientras no me llegue la sangre a la rodilla...
—Yo estoy prendido, pero tú defalleces; con tal de no caer lejos de todo auxilio... ¡Tengo miedo, Benito!

El desconcierto

"¿Qué hacer en tiempo de revolución?" Tal es la pregunta que comienzan a plantearse aquellos raros anarquistas que han conservado un poco de juicio en medio del desconcierto y del tole-tole que tiene la pretensión de representar el movimiento anarquista.

"¿Cuál deberá ser la actitud de los anarquistas en medio a la lucha en curso, cuando se desencadene la revolución?"— se preguntan otros. La misma cuestión en diferente forma.

—"Pero, en fin", me decía un camarada en una discusión, al comienzo de la revolución, al menos habrá una especie de autoridad para permitir al nuevo estado de cosas establecerse e impedir que la reacción se sobreponga".

Ese camarada se dice anarquista y, lo supongo, cree sinceramente serlo, pero no debió romperse mucho la cabeza sobre lo que es la anarquía, pues se imagina que la libertad puede adquirirse por el establecimiento de la autoridad.

Es una respuesta más o menos equivalente la que Malatesta ha recogido en una discusión que fué bastante tonto para entablar con uno del *Libertaire*. Digo bastante tonto, porque era preciso que tuviera tiempo sobrante o que hubiera perdido la facultad de juzgar a los hombres, para perder su tiempo en discutir con esas gentes.

—"Si los campesinos, en tiempo de revolución, no quieren darnos sus productos, los fusilaremos" —, respondió el contradictor de Malatesta.

¡Pobre imbécil! no veía que al fusilar a los campesinos refractarios, no se ayudaría, muy al contrario, a hacer crecer el trigo y que, aun no fusilándolos contentándose con despojarlos, los campesinos se arreglarían para no producir nada más que para sus necesidades, y que esa solución, lejos de aportar el bienestar para todos, — lo que es una de las principales razones para desear la revolución, — sería una agravación de la miseria y de las privaciones para todos.

Como se ve, la cuestión se plantea. Se comienza a comprender que predicar, desear la revolución es bueno, pero que no es suficiente desearla, predicarla, y que, en suma, no sabemos absolutamente nada lo que tendremos que hacer en medio de esa revolución para obtener el resultado que esperamos.

"Arrancar adoquines, hacer barricadas, defenderlas, o atacar las tropas del gobierno", eso claro está. Ese es el comienzo de toda revolución, sea política o social. Pero eso no es suficiente. ¿En qué debe diferir la revolución social?

—"Habrá que destruir el gran libro de la deuda pública, los registros del estado civil, del catastro, los archivos de los notarios, a fin de hacer imposible la reconstitución de la propiedad", habían respondido algunos de nosotros y, si se va al Municipio, que sea para arrojar por las ventanas todo nuevo gobierno que intente establecerse allí.

Eso es ya algo, pero aún es insuficiente. Es un trabajo de destrucción necesario, no de los más urgentes. Pero hay que hacer algo mejor.

"Habrá que tomar de los almacenes y distribuir a los necesitados los objetos que les falten.", añadían algunos otros, "quemar los zaquizamís malsanos y alojar sus inquilinos en departamentos vacantes por la caída de los partidarios del viejo régimen, y por la huída de los cobardes".

Bien, pero ese no es más que un gesto del momento. ¿Qué hacer en lo que concierne a la reorganización de la sociedad nueva?

Algunos de nosotros han intentado dar un resúmen de lo que entrevían para la reorganización de una sociedad anarquista. Bien aun. Pero esa sociedad ¿saldrá espontáneamente de la revolución? Los organismos sociales que deberán reemplazar los organismos económicos burgueses ¿van a surgir completamente listos de la lucha? He ahí una cuestión que apenas ha sido entrevista, y a la cual no se ha prestado ninguna atención cuando algunos de nosotros intentaron discutirla.

Y he aquí que se plantea hoy, se impone a los que antes no le habían prestado ninguna atención, pero que conservaron la facultad de reflexionar.

La cuestión se plantea, pero se plantea mal, porque no es solo: "¿qué hacer en tiempo de revolución?" lo que debemos preguntarnos, sino: ¿qué hacer hoy para que al estallar la revolución estemos dispuestos a responder a las exigencias de la situación y a asegurar el curso regular de los cambios y de la producción, a fin de que la revolución, en lugar de aportar en sus comienzos una agravación de miseria, sea capaz, al contrario, como dijo Kropotkin, de aportar en las veinticuatro horas, un mejoramiento sensible de la suerte de los desheredados?

Como se ve, la cuestión no se plantea tan simplemente como lo hacen aquellos que han sido llevados a reflexionar sobre ese asunto. Hay toda una multitud de cuestiones implicadas en su desenvolvimiento.

Esperar que la revolución haya estallado para obrar será demasiado tarde. No se da vuelta a una sociedad como a una tortilla, con un simple movimiento de la mano. Los organismos económicos burgueses que tendremos que destruir deberán ser reemplazados inmediatamente por organismos capaces de asegurar la vida social, sin interrupción. Esos organismos no saldrán armados de la cabeza de los revolucionarios. Si estos últimos no supieron preparar las bases, será demasiado tarde para remediarlo. Una sociedad no se organiza sobre el pulgar.

Y lo mismo que nuestros camaradas ignoran la amplitud de la cuestión que plantean, se equivocan en cuanto a las causas que, hasta aquí han hecho que los anarquistas se encuentren impotentes, para resolverla.

Malatesta, que abrió la cuestión en *Pensiero e Volontà* atribuye nuestra ignorancia al modo desenvuelto como, según él, habría encarado Kropotkin y tratado la cuestión, afirmando que la buena voluntad universal bastaría para todo.

Cuando se trata de criticar un estado de espíritu, una situación, la manera más cómoda es atribuir la falta "a Voltaire" o a "Rousseau". Pero en un movimiento en que todos pueden hablar y obrar, la falta de los otros es también la de aquellos que no supieron aportar una solución cuya ausencia se deplora hoy.

Si es verdad que Kropotkin, sobre ciertos puntos, se ha mostrado demasiado optimista, que los otros propagandistas encuentren soluciones mejores, en lugar de esperar hoy a recriminar.

Si esas soluciones no fueron encaradas, es que no estaban maduras, es que la atención de los propagandistas estaba dominada por otras cuestiones que les parecían más importantes o más próximas.

Recuerdo de los clamores feroces que nos acogieron cuando quisimos discutir la organización de la sociedad futura. "¿Para qué discutir lo que será la sociedad del año 2000?" se nos decía. Es a hacer revueltas, a preparar la revolución a lo que debemos entregarnos. Cuando se haya hecho la revolución, habrá tiempo de ocuparse de cómo se organizará la sociedad. No sabemos qué dificultades encontraremos: "¡para qué discutir en el vacío"!

Y ese era el sentimiento de una buena parte de los revolucionarios que, cuando Hervé sobrevino con su pujo de revolucionarismo verbal, le sostuvieron de inmediato — anarquistas y socialistas — , permitiéndole desplegar sus actividades.

"Suscitar el odio de las instituciones actuales, crear revueltas a fin de avanzar la hora de la revolución, ese era el sentimiento de todos, incluso de aquellos que, sin embargo, sentían que había que ocuparse también de lo que había que hacer después y antes lo mismo que durante la revolución.

Es que la situación nos dominaba. Recién nacidos, el movimiento anarquista tenía que asentarse, asegurarse un puesto que le era rehusado con encarnizamiento por los socialistas parlamentarios.

Conscientes de nuestro pequeño número, deseábamos aumentarlo, y para eso, teníamos que atenernos a la crítica de las instituciones que se trataba de destruír, y de los hechos diarios de explotación y de opresión, pues nuestro pequeño número nos impedía, por lo demás, pensar en poner en pié ninguna organización capaz de vivir y de desarrollarse.

Nuestras concepciones tenían ellas mismas que desarrollarse, que precisarse, que hallar su verdadera fórmula.

Dedicados a la tarea de elucidar nuestras propias ideas, de afirmarnos, de demostrar lo bien fundadas de nuestras críticas, de apoyar nuestros argumentos con razones nuevas, y de hacer adeptos, los anarquistas fuímos impulsados a combatir el día al día, no haciendo más que apuntar las cuestiones de organización cuando se presentaban, descuidando cuestiones importantes de acción porque nos parecía que la solución de esas cuestiones no tenía que ser encarada más que por el porvenir.

"Inculcar a cada individuo el odio a la Autoridad y al Estado, el amor a la libertad, el espíritu de iniciativa, eso era para muchos de nosotros, suficiente a fin de crear una fuerte minoría capaz, el día de la revolución, de saber lo que había que hacer y de arrastar, en su acción, a la masa flotante, menos consciente, que será siempre influenciada por los que sepan obrar.

A muchísimos de nosotros nos parecía eso de tal modo la consecuencia lógica de la revolución, que nos hemos dejado absorber por las cuestiones del día. Cada día debía traernos su labor. Aun aquellos de nosotros que, por momentos, tenían alguna percepción de que la revolución puede destruir lo que es malo en lo que existe, allanar con los deseos de aquellos que la hayan realizado, que nada se crea de nada, que no pueden desarrollarse más que los organismos existentes ya, en germen al menos, consideraban que la cuestión urgente era ampliar el número de las revueltas, explicando los defectos de la organización social existente.

Hoy no estamos mejor dispuestos. Divididos más que nunca, apenas más numerosos y, tal vez, muchos son aún menos conscientes que los que les precedieron. Sin embargo la cuestión no se plantea con menos fuerza.

La crítica de las instituciones sociales ha sido hecha y rehecha. Emprenderla de nuevo no sería más que una repetición cancerígena de vitalidad. "Es preciso otra cosa".

Después de la guerra se han producido revoluciones y han abortado miserablemente después de una victoria efímera.

Han abortado porque los revolucionarios, dueños de la situación, no supieron aprovechar su victoria para cambiar la organización económica burguesa, reemplazarla por una nueva, capaz de asegurar la vida económica sin interrupción.

Los pueblos no pueden esperar que las formas nuevas requieran tiempo para adaptarse a sus necesidades. Es preciso comer todos los días.

Cambiar los hombres en el poder, eso se hace sin estorbos, sin que la vida social sufra. Pero los hombres nuevos que se haya puesto en el lugar de los antiguos no podrán, antes de largos tanteos, crear formas de agrupación que aseguren la buena marcha de lo que constituye la vida de un pueblo — deberán servirse de los instrumentos que tengan a mano, los que existan ya. Es decir, las agrupaciones económicas de la sociedad que se pretende querer destruir. Es decir, que se habrá hecho una revolución para nada.

¡Oh, yo sé! "Se servirá uno de las antiguas formas, pero se las revestirá de nombres nuevos". Eso es lo que sucede tras toda revolución *seria!*

Yo tengo sin duda un poco obturado el entendimiento, pero persisto en creer que, cualesquiera que sean los nombres de que se las provea, las organizaciones no dan más que aquello para lo que han sido destinadas, cualesquiera que sean los hombres que las rijan.

Los organismos económicos capitalistas, si continúan existiendo, harían, ni más ni menos, que la sociedad burguesa continuara en pie, y preparase el terreno para un giro ofensivo de la reacción.

Es así como pasó en Alemania y en Hungría, y sucederá lo mismo en todas partes en que los revolucionarios no sepan, desde el comienzo de la lucha, reemplazar los organismos capitalistas por organizaciones adaptadas a las relaciones sociales nuevas.

En un solo país parece que ha quedado la revolución. Es Rusia. Pero eso no es más que una apariencia.

Los que la dirigían se apoderaron del poder. Han reemplazado, y no siempre, las figuras del zarismo por las suyas. Han hecho servir la antigua organización económica, adaptándola bien o mal, — más bien mal que bien, — a nuevas condiciones. ¿Qué resultó?

Una agravación de la opresión política que sobrepasa a la del zarismo, una agravación de la miseria y de las privaciones. Esa agravación de miseria no era enteramente debida al nuevo régimen, claro está. Pero éste no la atenuó.

Si había una población adaptada, — casi la mitad — al régimen de la propiedad colectiva, era el campesino ruso. En lugar de aprovecharse de eso para establecer la indivisión de la tierra, para hacer que los campesinos se asociaran por el trabajo en común, los nuevos amos han hecho de ellos propietarios individuales, burgueses, por consiguiente.

Poco a poco se vuelve a la organización económica burguesa. No pudiendo mantenerse más que por el terror, se han visto obligados a apelar a la ayuda exterior. Y es a los capitalistas extranjeros a quienes se apela, dándoles concesiones de tierra, de minas, de construcciones, etc., reconstituyendo en todas partes la propiedad individual que se pretendía querer abolir.

La revolución ha triunfado en la persona de sus dirigentes que han logrado mantenerse en el poder, pero obrando contrariamente a los principios de dicha revolución. Se ha obtenido una revolución política, escamoteando la revolución social.

Esto es lo que comprenden vagamente aquellos de nuestros camaradas que han conservado algún espíritu crítico. Por instinto, sienten que nos quedan problemas que resolver. De ahí esa crítica a los esfuerzos pasados, — crítica a los esfuerzos ajenos, claro está, — y esa inquietud por saber qué hacer en período revolucionario.

Se ha comprendido que "cada situación no hace surgir siempre los hombres que deben resolver los problemas que aporta", que es preciso prepararse para todas las situaciones entrevistas, si se quiere estar en condiciones de superar las dificultades.

Sólo que, como he dicho al comienzo, la cuestión: "¿Qué hacer en tiempo de revolución?" implica esta otra: ¿Cuáles son los organismos económicos que deben prepararse en tiempo de propaganda para

económico, pretendiendo eludir las contingencias revolucionarias que se desprenden de la continuidad histórica de todos los males que el Estado representa. Y hasta su programa mínimo está inspirado en intereses capitalistas y nacionalistas y responde a las maquinaciones de los grandes tiburones enriquecidos durante la carnicería mundial.

Tengamos muy en cuenta esas maniobras del socialismo y opongámonos a los planes de los lacayos de la burguesía. Ellos no quieren la revolución, porque están al servicio del privilegio y aspiran a erigirse en gobernantes de la burguesía, maniatado con sus promesas al proletariado.

Hay, pues, que destruir esa conspiración del social-reformismo mundial. Hay que agitar el peligro de esa democracia capitalista disfrazada con las palabras de orden del socialismo. Y esa es la obra de los anarquistas y del proletariado que sabe que su emancipación sólo puede ser obra de sus esfuerzos y de su capacidad revolucionaria.

que, en tiempo de revolución, sean capaces de reemplazar a los organismos capitalistas?"

En la serie de mis publicaciones, en diversos artículos, he dado mi solución. Esos artículos son: *Lo que se puede hacer — Asociación-Organización. — Para preparar la sociedad futura. — Mas sobre la cuestión de organización. — ¿Qué hacer antes de la revolución?"*

Son esos artículos los que quisiera ver discutir, oponiéndoles soluciones mejores, si otros las tienen. Yo creo haber planteado la cuestión en su verdadero terreno.

JUAN GRAVE

Anotaciones

Un problema planteado a los anarquistas actualmente es el de adoptar una posición referente a nuestra misión en un período revolucionario, así como antes o después del mismo. Por todas partes surge esa preocupación por lo que haremos mañana; nosotros hemos ya dicho que nos interesa más lo que debemos hacer hoy para preparar y precipitar el mañana. Bakunin, tan activo en su vida revolucionaria, no ha hecho planes jamás para el porvenir, sino para el presente; él no se ha trasladado por arte de magia a un lejano paraíso comunista anarquista, sino que ha visto lo que la sociedad actual tiene de malo y de injusto, y se ha esforzado por atenerse en el plano de las realidades: ha luchado como pocos por la transformación del orden social autoritario, pero no lo hizo de acuerdo a un proyecto preestablecido, sino confiando en las fuerzas espontáneas de la vida misma, desencadenadas y libres.

Pero como después de la revolución rusa se ha puesto a la orden del día esa cuestión, y como actualmente Malatesta mismo siente la necesidad de concretar programas prácticos de acción inmediata y se ha levantado más de una voz autorizada apelando a los anarquistas para una intervención más activa en la vida cotidiana de los pueblos, no podemos quedar nosotros al margen de esa discusión y de ese cambio de ideas. Nuestros camaradas saben ya, más o menos, cuál es nuestro punto de vista al respecto; algo hemos dicho en repetidas ocasiones, y en especial aprovechando un artículo del camarada Schapiro. Volveremos sobre el asunto y reafirmaremos y ampliaremos más nuestras ideas.

Hoy publicamos un artículo que nos envía el camarada Grave; su punto de vista no es de hoy; podemos encontrarlo ya en sus escritos de hace veinte o treinta años; por consiguiente está lo suficiente elaborado como para someterlo a una crítica seria, cosa que haremos tarde o temprano, al recapitular todas las soluciones dadas a los problemas del mañana.

Queremos reunir en el SUPLEMENTO todos los puntos de vista; de esa forma los camaradas podrán formarse por sí mismos una idea del estado de la discusión y aceptar o rechazar con conocimiento de causa las ideas u objeciones nuestras.

El artículo de Grave nos revela también, de paso, una honda escisión en el movimiento anarquista francés; en esa escisión cuyas bases nos son casi por completo desconocidas, queremos ser neutrales. El tiempo aclarará todas las cuestiones; el juzgar las disidencias producidas entre los anarquistas franceses, como las que surgieron entre nosotros, es más bien cosa de la historia. A los contemporáneos podría falsearnos el juicio el sentimiento personal; estas fatales disidencias producen daños enormes al movimiento revolucionario. Los conflictos internos constituyen una página trágica de la historia del anarquismo y uno de los problemas qué deberían examinarse más detenidamente sería ese, la restricción para el futuro de las causas que originan las luchas intestinas entre los anarquitsas.

En fin, una prueba de nuestra neutralidad en el conflicto existente entre los camaradas franceses es que transcribimos constantemente cuanto nos parece de algún interés, sin interesarnos por saber si los autores pertenecen a una u otra fracción. Que el fallo de la historia recaiga sobre los culpables, cualesquiera que sean, en Francia lo mismo que entre nosotros. El fallo definitivo de los contemporáneos está demasiado obstaculizado por los sentimientos personales; cuando menos necesita años para pronunciarse con serenidad.

IDEALISMO Y REVOLUCION

Decía ya otra vez, desde estas columnas, resumiendo las ideas generales de la anarquía, que los anarquistas no esperan una hipotética madurez de los tiempos o de la evolución para obrar, porque saben que la acción es lo que mejor hace madurar la evolución y los tiempos. Ni debe, por lo tanto, esperarse a que los hombres estén educados para alzar bandera de libertad, porque la libertad es la mejor educadora de los hombres libres, y sin libertad también la independencia del espíritu es privilegio de un número muy reducido de individuos.

Y agregaba: sin descuidar el obtener con la educación todo lo que es posible de elevación moral en el seno del presente régimen, para que al menos una minoría de rebeldes, de oprimidos y de explotados se haga digna de mejores destinos y adquiera fuerza y dignidad superior para vencer, no hay que olvidar que el mayor obstáculo a la elevación de los más, a su mejoramiento espiritual, está constituido por el régimen actual, estatal y capitalista.

Esto completa y se enlaza a lo que decía en el artículo precedente a propósito de la educación y del error de quien entre educación y revolución pone la separación del antes y el después, o que se deba dejar de lado cualquier tarea educativa para remitirla exclusivamente a después de la revolución.

Es preciso ser menos absolutos y menos exclusivistas. Eduquemos, pues, — decía en otra parte — cuanto sea posible, en todo momento, pero no olvidemos la revolución adhiriéndonos a ella en toda ocasión que se presente.

La obra educativa, aunque forzosamente limitada por las circunstancias del ambiente, puede desde ahora preparar para la revolución un mínimo de elementos mejores que en ella podrán ejercer una función útil y necesaria; y por otra parte la revolución permitirá a su tiempo la educación anarquista de las grandes masas, y ella misma será educadora.

* * *

En substancia la revolución, antes de estallar en los grandes sucesos sociales, acontece y se prepara, en una especie de incubación, en las conciencias individuales de las minorías combatientes, — las cuales deben saber lo qué quieren y a dónde van, y constituir así el propulsor, el fermento del bien que la revolución hará madurar y generalizar.

Entonces la revolución es también — y sería quizá mejor decir sobre todo — un problema de emancipación individual, no sólo entendida como liberación de los tiranos externos, sino también de los interiores; una emancipación del yugo de los propios prejuicios y de los egoísmos más ciegos, más brutales y más irracionales. Todo revolucionario tiene un deber propio que cumplir: el de formar su personalidad individual completa y armónica, que concuerde con la característica colectiva del conjunto de sus propios compañeros de lucha y de ideas.

Cumplido, en los límites de lo posible, este deber que más íntimamente le concierne, estará en grado de cumplir el otro que lo pone en relación, desde el punto de vista revolucionario, con el ambiente en que vive: el deber del apostolado con la palabra y con el ejemplo, el deber de educar al pueblo, de infundirle cuanto pueda sus entusiasmos, de impulsarlo a tener conciencia de sí y de sus necesidades materiales, intelectuales y morales, para que se desbaste físicamente y espiritualmente y se prepare así, en lo que es posible antes de la revolución, a la conquista de un mejor destino.

Pero esta afirmación de la necesidad de una mayor elevación espiritual de las masas no debe generar el error, opuesto al de los materialistas que no dan importancia alguna a los valores del espíritu, de que la revolución sea o deba ser un hecho exclusivamente moral. Aunque fuese posible (y no lo es) que el pueblo pueda emanciparse espiritualmente permaneciendo materialmente bajo el yugo, esto no bastaría para quebrantar la tiranía, que es también y sobre todo hecha de brutalidad material.

Ciertamente, si el pueblo pudiese emanciparse de sus tendencias serviles a sufrir la tiranía tanto como se emancipaban los antiguos estoicos, que se mantenían espiritualmente libres hasta en la cárcel y en el patíbulo, infinitamente superiores a sus verdugos; si supiese alzar los hombros y reírse de sus tiranos, esto indicaría en él una conciencia tal, un grado de evolución verdaderamente maravilloso. Pero esto, si es posible para algún temple adamantino de fuerza y carácter excepcionales, no es posible para un pueblo entero.

La emancipación moral de las grandes colectividades no es posible si el desarrollo de la nueva conciencia colectiva no tiene un ambiente apto; es decir, si no la precede una revolución material que le prepare el terreno, creando la atmósfera y las condiciones necesarias, políticas, culturales y educativas.

La historia nos ofrece numerosos ejemplos de revoluciones fracasadas — no sólo de las fracasadas por la ausencia de una conciencia colectiva, sino también de las que declinaron, a pesar de una conciencia ya desarrollada, por carencia de medios materiales y de la fuerza física y numérica necesaria a la victoria. Del 1905 al 1914 no se podía decir, por ejemplo, que le faltase a la revolución rusa una conciencia de su derecho; sin embargo fué sofocada y vencida por falta de fuerzas materiales suficientes para triunfar, y no triunfó en efecto más que cuando la guerra hubo debilitado al zarismo, su enemigo.

En un ambiente refractario y hostil, solamente una minoría puede ser espiritualmente emancipada, por el esfuerzo de que algunas individualidades y algunos grupos son capaces. Son estas minorías las que difunden en las mayorías ese sentimiento de malestar, que prepara la revolución pero no las conciencias, y que se hará conciencia colectiva cuando el ambiente haya sido cambiado por las fuerzas combinadas de las minorías audaces y ya conscientes y de las masas rebeldes por impulso y por necesidad.

Esta es la verdad, — verdad dolorosa cuanto se quiera, pero verdad siempre. Mas esta verdad no nos exime absolutamente, a los revolucionarios, de hacer, también hoy, obra de educación en el pueblo. Al contrario, estamos convencidos de que, cuanto más hayamos trabajado en mejorar la conciencia colectiva e individual de las masas en cuyo medio obramos, tanto más la revolución que de tal modo preparamos será al mismo tiempo humana y profunda.

Pero hay que guardarse de deformar, por excesivo amor a la tesis, esta verdad y de caer en el error opuesto de descuidar la preparación material de la revolución para esperarlo todo de los factores morales. Se creería en el error de muchos socialistas utopistas y revolucionarios místicos de la primera mitad del siglo pasado, los cuales, mirando demasiado al cielo del idealismo puro y no ocupándose más de la tierra sobre la que vivían, acabaron por ponerse fuera de la realidad y ser extraños a todo movimiento social.

* * *

Hay necesidad, pues, de hacer obra de educación además de la de demolición. Se podría comparar la obra nuestra a la de los emprendedores diligentes que, mientras derriban la casa vieja, acumulan los materiales para la casa nueva, sin preocuparse si al principio estos materiales son pocos; ellos saben que aumentarán a medida que la demolición continúe. Y esta educación del pueblo debe ser perseguida no solamente proponiéndole un programa de mejoramientos materiales, sino también dándole un fin ideal a alcanzar, un fin de perfeccionamiento individual y de solidaridad y justicia humana al mismo tiempo.

Las revoluciones no se ganan, o son pronto subseguidas por un regreso, si no están animadas por ideas; si el movimiento con que se manifiestan no es, además de económico y político, también moral e ideal, — y diría religioso si esa palabra no tuviese hoy un significado muy antipático y diferente del amplio que debiera tener etimológicamente.

Pero reconocer todo esto no significa desconocer la necesidad de la preparación material revolucionaria, la necesidad de la acción directa de resistencia, de conquista e insurreccional, que libra de obstáculos materiales, políticos y económicos, el camino del progreso, permitiendo la actuación práctica de las ideas, la cual a su vez haga de modo que el mejoramiento espiritual de una pequeña minoría rebelde se vuelva en el mejoramiento moral de toda la humanidad. Sin esto la revolución fracasaría por falta de fundamentos.

Convenimos perfectamente en que las revoluciones determinadas solamente por intereses materiales de categoría o de clase, o por intereses políticos, están destinadas a abortar por falta de alma; pero por otra parte una revolución que sea determinada solamente por razones ideales es imposible, como es imposible una acción sin la persona física de quien debe cumplirla.

¡Cuántas veces a los anarquistas se nos ha reconvenido catedráticamente que "la violencia es inútil y dañosa", que "no basta destruir sino que hay que construir", que "la revolución no es tal si no transforma las conciencias", que "las revueltas superficiales golpean en el vacío y sin resultados posibles", etc., etc.! Todo esto lo hemos dicho mil veces también nosotros, de modo que tales admoniciones dirigidas a los anarquistas, erran completamente la dirección... Pero no caigamos en equívocos. Decir que la violencia por la violencia es inútil, no significa que la violencia es inútil siempre o que no sea necesaria para rechazar una violencia opuesta o abatir un régimen que se apoya en la violencia. Decir que hay qué construir no sólo significa que hay que destruir, sino que tiene como presunción lógica la destrucción. Condenar, en fin, las revueltas superficiales que golpean en el vacío no significa absolutamente renegar el derecho de los oprimidos a la revuelta contra la opresión.

Es innegable la necesidad de la revuelta, no superficial, se entiende, sino profunda: una revuelta que golpee de lleno el edificio de la mentira, del privilegio, de la tiranía y sea fecunda en buenos resultados, aunque entretejida de violencias inevitables. Se nos dice con frecuencia que el tiempo de las fuerzas brutales ha pasado y que no basta ya la fuerza de los puños y los brazos robustos para resolver las cuestiones humanas; y estamos dispuestos a admitirlo, si bien desde 1914 en adelante muchos hechos demuestran que el tiempo de la brutalidad está muy lejos de haber declinado. Pero la fuerza física de los puños y de los brazos puede ser necesaria, y es útil cuando la guía un cerebro bien organizado y lúcido. El cerebro, así fuese el de un genio, sería por otra parte impotente para cambiar una sola de las relaciones humanas, si no lo socorriese la fuerza material de las colectividades en acción.

Es cierto que la autoridad y el capitalismo son también el fruto de la sumisión y de la ceguera de las clases obreras. Pero es también cierto que cuando la clase obrera se levanta para combatir a la autoridad y al capitalismo, encuentra contra sí fuerzas materiales contra las cuales deberá luchar o ante las cuales deberá ceder. Pues la autoridad, y el capitalismo, como en general todas las instituciones, tienen de su parte, mientras existen, el consentimiento de la mayoría, y sólo lo pierden cuando son suprimidas por obra de una minoría rebelde.

Nadie conviene más que nosotros, cuando se habla de la inutilidad de los actos de cólera *irrazonables*, de los estallidos *repentinos* de rabia; pero esto no puede hacernos ignorar la utilidad, o cuando menos la justificación, de los actos y de los estallidos de indignación *razonados y razonables*, de los actos no imprevistos, sino meditados y preparados por hombres conscientes.

Es malo, indudablemente, hacerse un concepto pequeño y limitado de la revolución, como si esta no consistiese más que en un motín o en cierto número de motines y todo fuese resuelto con uno o con pocos golpes de mano. Los que quieren poner en ridículo nuestras ideas nos atribuyen esta concepción simplista, que, es inútil decirlo, no es la nuestra. Pero al rechazarla, ¿quién puede negar que la revolución sin la insurrección, más bien sin una serie de insurrecciones, es la-

concebible? ¿Cómo pensar lógicamente, históricamente posible una revolución sin su primera fase inevitablemente insurreccional?

* * *

Dicho esto, volvemos a nuestro punto de partida: que la revolución no sólo debe ser una rebelión material, sino también moral.

Pero lo que importa sobre todo, es que esta nuestra renitencia a un materialismo mal entendido, que se combina con el peor reformismo utilitarista, este retorno al idealismo como resorte principal de acción, siga siendo revolucionario, y no desemboque en el pacifismo meloso de los que creen que todo se puede arreglar en el mundo "formando las conciencias", — como si las conciencias no se hiciesen ante todo con la acción y en la acción, más bien que con la predicación.

Por ejemplo, desde mucho tiempo acá, existe el hábito entre los mismos revolucionarios y anarquistas de clamar contra el utilitarismo del movimiento sindical. Las razones no faltan, y yo mismo en diversas ocasiones he deplorado que muchos obreros den más importancia a la formación de un sindicato, al éxito de una huelga que a otros esfuerzos tendientes a elevar la mentalidad propia y la de todo el proletariado. Pero por otra parte, ¿no es acaso la organización obrera misma un medio — uno de los medios, y no el único — de elevar la mentalidad popular? ¿No puede una huelga, victoriosa a consecuencia del esfuerzo y del espíritu de sacrificio de los obreros, ser también un índice de verdadero progreso moral de los obreros mismos?

No sólo de pan vive el hombre, es cierto, pero tampoco vive sólo de ideal; y entre uno y otro, los hombres acabarán siempre, en su mayoría, por elegir el primero, porque si la vida es fea sin ideal, es imposible sin pan. Es, pues, por una razón altamente ideal, — en el fin por un objetivo de justicia, y en los medios porque sin pan en el estómago no se tienen ideas en el cerebro, — que los revolucionarios anarquistas dirigen su atención a las cuestiones de mejoramiento material; sin perder de vista todos los otros problemas de la vida social.

Por esta concepción sintética del fin y de los medios, por esta visión completa de las razones y de las vías ideales y materiales de la revolución, el ideal anarquista constituye el programa más equilibrado y más humano además, y por lo tanto el más realizable en el porvenir. Mientras prepara el terreno para una revolución radical, en los hechos, para asegurar a todos los hombres el bienestar material, no se olvida desde hoy de iluminar las conciencias todo lo más que es posible; y desde ya señala a las masas dolientes, más allá y por encima de las ventajas materiales, un objetivo de perfección moral del individuo y de la colectividad, que hará a todos los hombres más libres, más justos y más buenos.

Luigi Fabbri

Charlando sobre el arte y los artistas

EXPOSICIONES DE ARTISTAS ARGENTINOS

Estaba, hace un tiempo, detenido ante una vidriera donde se exponía un hermoso tapiz persa. Era de un azul profundo realzado con notas de análogos que cantaban suavemente en un arabesco caprichoso, de ritmo equilibrado y armónico. Un acento dorado aterciopelaba aún más el conjunto. Sentía al contemplarlo, harto del chic excesivo circundante, una tierna emoción, admirando cómo tanta suntuosidad era el efecto de una técnica sobria. Allí me encontró mi amigo el crítico de arte, sin cátedra, con el cual charlando ante cuadros, esculturas, casas, libros, vidrieras, nos enseñamos mutuamente a ver y a juzgar lo que vemos.

—¿Verdad que es bonito? me dice en seguida. Digno de un sultán. Scheerazade, las leyendas de sus mil noches fantásticas acuden a la imaginación. Es voluptuoso, rico, discreto.

—Se diría música. El ritmo elegante, espontáneo, mesurado. Es azul y sin embargo tiene esos rojos sombríos, esos naranjas apagados, esos negros, esos verdes profundos... El artista no ha escatimado riquezas. Vea esas hojitas, esos nervios, esos detalles infinitos, y con todo, el ritmo general es simple, amplio, claro... ¿No cree usted que a muchos cuadros les falta algo de esto? ¿Este valor de bello en sí mismo, que debería tener quizás toda obra que se dirige a uno por los ojos?

—Sí, sí, como diría Denis: no olvidar que un cuadro antes de ser un caballo de batalla, una mujer desnuda o una anécdota cualquiera, es esencialmente una superficie plana recubierta de colores, reunidos en determinado orden." ¿Pero dónde se ha ido a parar con semejante doctrina? Al tapiz encuadrado, a una metafísica de la geometría... Todo arte que se dirige a los sentidos puramente, no es arte... o más bien será arte menor, arte decorativo.

—Puramente a los sentidos, no. Pero el Arte, con mayúscula, se dirige por medio de los sentidos al espíritu, por lo tanto el medio de expresión puede ser rico, suntuoso, equilibrado, armonioso, etc., nada lo impide...

—Pero no debe tomarse como fin.

—Debe armonizar con el fin. De los dos elementos fundamentales de la obra de arte, hay uno del cual se puede pretender juzgar con cierta justeza, y es el del aspecto exterior. Lo menos que puede pedirse a un cuadro es que sea expresivo: que por su ritmo lineal, por su armonía dominante, por el equilibrio de sus masas, sea un todo homogéneo, un total armónico, según la expresión que amaba repetir Malharro. Lo demás, lo esencial quizás, es lo imponderable: ¿sentimiento? ¿poesía? ¿misticismo? Llámele hache.

—Convengo; pero al fin el arte se expresa imitando a la naturaleza, y la naturaleza no obedece a sus leyes estéticas, es a veces monótona, inexpresiva, hay paisajes insípidos....

—Permítame: cada artista tiene su mundo y el mundo de un artista no puede ser sino maravilloso. A Monet le bastaba la luz, usted lo sabe; Cézanne, ¿qué no ha hecho con unas manzanas? ¿No ha dado Roerik un sentido épico a las estepas? podríamos citar a todos los artistas de verdad y nos dirán que tienen una comprensión propia de las cosas. Un guijarro encierra todos los problemas de la filosofía y de la plástica.

—¿Y los artistas modernos que se limitan a expresar sus sensaciones fugitivas, los aspectos inconsistentes de las cosas? Esos artistas cuyos esfuerzos se dirigen a crear "ritmos" agradables, y "harmonías", sin ponerle nada dentro, ni una idea, ni nada., por miedo de caer en la literatura...¿qué me dice? Yo estoy con Mauclair cuando los fustiga. El arte debe ser algo más que un simple ejercicio cromático conjugado con la geometría... Yo estoy con Mauclair, pero creo también que la pintura tomada como fin no puede ser el arte.

Exposición Leonie Mattis.

—¿Entramos?

—Entremos. Son paisajes del Norte, viejas aldeas asoleadas y polvorientas...

—Calles silenciosas. ¿Ha vivido usted alguna vez en esos pueblos del Norte? Las siestas son interminables. El sol calcina la tierra, la atmósfera vibra sobre las cosas borrosas y descoloridas, mientras la gente duerme en la penumbra de las piezas cerradas. Sólo las gallinas escarban y picotean infatigables.

Fíjese, la iglesia, qué linda, blanqueada. Tiene la humildad de la verdadera fé, rodeada de pequeñas casitas y un horizonte abrupto, montañoso... ¿Y esta tuna? La tuna renueva sensaciones de calor, de soledad espiritual... El cielo limpio, las nubes enormes, blancas, promisoras de una lluvia que no llega nunca... El polvo... la gente emponchada... Es una paz bíblica... Es interesante ¿no?

—Tiene un interés de documento, ciertamente. Su objetividad le despierta viejos recuerdos y acicatea a su imaginación. Tienen un interés de *asunto*, ejemplo típico de interés literario, ajeno a la belleza plástica. El país es interesante, entonces usted cree que la obra es interesante. Pregúntese usted si una buena fotografía no sugerirá lo mismo: la siesta, con la gallinas, etc. Veamos el cuadro. Esos cielos, ¿tienen la fluidez, la profundidad del cielo? ¿Vibra el aire? ¿Son harmoniosos? ¿sólidos? ¿El alma del artista está embargada de una preocupación más grave que la material de hacer su cuadrito? ¿Hay entusiasmo, lirismo, comprensión no vulgar? ¿No cree usted que esas cosas amadas deben tener otros aspectos más íntimos, tonalidades más ricas, y no este aspecto pobre y monótono?

—¡Pero, amigo! aquello es polvoriento, triste, dormido.

—No hay cosa triste ni dormida en el mundo, para el el amor...

Reconozcamos que falta en estas obras un poco de lo que sobra en aquel tapiz; belleza plástica y falta de espíritu artístico, aunque abunde el espíritu nacionalista...

—Sí, algo. Fíjese en los marcos diaguitas.

—Expliqueme usted qué criterio artístico ha querido hermanar los arabescos exotéricos de una raza muerta con las impresiones al gouche de aldeas coloniales pintadas por una europea.

—Lo dudo. Debajo de este argentinismo tan evidente suele ocultarse la garra de Mercurio.

Exposición Gavazzo

—Este Gavazzo es un muchacho simpático y despreocupado como buen criollo.

—Lo conozco. Ha vivido en París, becado varias veces. Gutero, un argentino que tiene el orgullo de vivir de su arte en París, un artista serio y estudioso, como no los hay entre los tantos aquí consagrados, le dió un ejemplo de laboriosidad que aprovechó un tiempo. Lo llevó hacia Denis, hacia el estudio con propósitos definidos.

—Efectivamente. Esta Pasión hace sentir a Denis-Gutero. Pero me parece que esta vez "la superficie plana recubierta con colores en cierto orden dispuesto", aunque es agradable, no responde como conjunto a la finalidad.

—El pintor ha hecho un agradable tapiz, amigo.

—En cambio, no ha trabajado el artista. En verdad toma como fin lo que debe ser el medio. ¿Recuerda lo que dice Poe de su procedimiento en *El Cuervo*? En estas obras de plástica decorativa debe procederse igualmente a la inversa. El asunto es la Pasión-Tragedia, entonces el ritmo, la disposición de las masas deben producir una sensación de gravedad, de angustia. La harmonía elegida debe reforzar todos esos elementos. Debe ser grave y profunda. Es una labor de análisis, de interpretación, de disciplina. Mucha reflexión. El artista que encare un asunto en esta forma, debe poseer en grado máximo claridad y fuerza mental. Esta obra carece de todo eso. Es apenas un ejercicio pictórico; ha marchado con paso firme, pero ha ido a otra parte. Falta, pues, arte, espíritu. Falta, en el fondo, personalidad moral. Es gente que no conoce la vida, porque cree que el artista debe ser ajeno a las preocupaciones de la vida común. Alejados de la lucha diaria, su concepto moral de las cosas es o muy absoluto o demasiado superficial. Este mal lo produce, en parte, la beca y la ayuda del Estado. Y el terrible problema: ¿qué es el Arte, qué es el artista?, los lleva, en el maremagnum de las teorías, a todas partes, flotando como corchos... ¿Qué quiere que digan si no tienen nada que decir de propio? Entonces se detienen en el aspecto y toman el continente por el contenido y van, como éste, de la superficie plana y el arabesco decorativo a la preocupación del espacio, del volumen.

—Frutas. Vea a Cézanne. En el aspecto, naturalmente. En esa estilización rítmica que no deja de ser agradable...

—Cézanne era de una conciencia extraordinaria. El amor y la ciencia que ponía en sus telas — esas telas de una musicalidad y una profundidad rembrandtescas...

—...?

—Sí, rembrandtesca — porque como Rembrandt, como Leonardo, sintió el misterio infinito del espacio, el misterio enorme y angustioso del color. — Esa inquietud, el problema presente a cierta clase de hombres, no se puede imitar.

—Es que el que tiene espíritu, el que tiene *su* mundo, necesita también crearse su instrumento. El uno es efecto del otro.

—Pocos artistas han sido peor tratados por los admiradores que Cézanne.

—Recuerde a Zola, a Mallarmé... produjeron el uno basura, el otro tinieblas. Siempre se toma el detalle exterior más chocante como fórmula.

—Esas flores no están mal. Hay sabor. Composición buena. Gavazzo es un pintor. Pero, ¿por qué no dedicarle además...?

—¿Pero no ve que todavía no las comprende ni las ama? El hace su cuadro, su tapiz encuadrado.

—Paisaje. Aquí el recuerdo de Henry Rousseau el aduanero. Tenía de bueno el aduanero su ingenuidad absoluta. Su encanto radica en eso y sobre todo en nuestro estado actual de corrupción. Repletos, podridos de fórmulas cerebrales, lo simple *simple*, no la síntesis, nos trae como una bocanada de aire fresco, es como la risa de un niño después de toda una tarde de sonrisas provocadas por sutiles subentendidos, como una balada en una flauta campestre después de adormilarnos seis horas con Parsifal...

—Rousseau tiene un valor de admonición.

—Es alegre y disparatado como un niño. En cambio, ¿qué me dice usted de los ingenuistas? Cuelga usted en una percha todo su saber, todas sus teorías y adopta una sola. Dibujar torcido y colorear sin entonación. Olvida las fórmulas que en-

J. M. GAVAZZO BUCHARDO — "Naturaleza Muerta"

vuelven la profundidad, y vuelve al color local de los niños.

—Contrasentidos. Recuerde a los que Leyendo a Tolstoy se hicieron religiosos, es decir, creyeron serlo pintando ilustraciones iluminadas de la Biblia. La religiosidad es una condición íntima, todo artista la tiene, pinte piedras, flores o lo que sea.

—Se toma siempre el aspecto...

—Sí, parece un disparate, pero en el fondo es como si yo, para escribir bien, no me dedicara a observar y pensar sino a estudiar caligrafía.

—El muchacho este está desorientado, a pesar de sus condiciones.

—Estar desorientado, por lo menos es algo: acusa inquietud, duda. Peor son los que machacan una vía equivocada.

—Pero que lleva al éxito fácilmente...

Cordiviola

—Me refiero a los artistas sinceros, a quienes no les preocupa el éxito. Hay aquí uno que a los veinte años fué a Europa "hecho". Volvió y por allí anda, pinta que pinta, con su formulita criolla, convencido de estar en lo cierto.

LUIS CORDIVIOLA — "En la Loma"

—Esto de la sinceridad en el arte es una simple redundancia. El arte no puede existir sin esa condición esencial; los farsantes producen obra efímera y deleznable, nunca arte. Estos, sin embargo, son los que graznan cuando aparece un creador. La sinceridad, la honradez, son bellas virtudes burguesas. El artista las tiene consubstanciales — permítame — con sus dones creadores. Sé que no me explico bien...

—¿Al fin usted quiere decir que el arte es lo verdadero?

—Un ejemplo: leo un madrigal de Lugones. Es lindo, bien hecho, agradable, me gusta, pero no me convence. Si lo leo dos veces me disgusta, ¿por qué? ¿Lugones no es sincero? ¿no es honrado? Lo es, puede serlo; *él dice lo que siente, lo que cree que deba decirse a la amada*, como su ingenio sabe que debe decirse. Su sinceridad y su honradez no bastan, sin embargo. Un canto de amor debe tener como substratum la pasión, para ser verdadero; si no, es pura retórica. ¿Quién puede saberlo? Lo sabe el que ama y que, repitiéndolos, es capaz de darle, como Pigmalión a su estatua, el soplo de su fuego interior, creando una cosa viva de un fantoche... prestándole el sentido profundo que no tienen las palabras.

—Por eso decíamos que para el artista, el hombre en exaltación continua, no hay cosa fea, ni insípida, ni dormida. Basta que observe y estudie... que insufle su fuego.

—Aquí tiene a Cordiviola. Se repite de él que es trabajador, sincero, honrado. Tiene un amor infinito a su arte y es incansable. En el campo, solo ante sus animales, trabaja de sol a sol. Amontona bocetos, estudios, cuadros, todos inspirados en el amor que siente por las humildes bestias de labor, nuestras compañeras resignadas, criaturas de Dios, ellas también, en este valle de lágrimas...

—Dicen también que para consagrarse a ellas vive en su torre, impenetrable a las querellas humanas. Vive plenamente el amor a su arte y a las bestias. Vea esa vaquita, qué dulce; esa cabrita, qué pizpireta; ese asno meditabundo, ese potrillo flacucho... Humilde asunto, humildemente realizado. ¿No cree usted que se confunde algo lo pobre con lo humilde?

—Siento en toda su obra la tenacidad, la voluntad férrea de realizar, con cierta indigencia diré lírica.

—La tenacidad, la voluntad, son hermosas virtudes. Sin embargo, ese esfuerzo da a su obra una rigidez y una frialdad que estremece. ¿No le parece que acaban de hacerse esas vaquitas? Están limpias y bien peinadas.

—No exagere, amigo. Lo cierto es que falta aquí un poco de fuego, esa facultad sagrada que presta audacia y clarovidencia. Es quizás excesivamente correcto, falta quizás dibujo, pero a todo se llega. Son temperamentos fríos, matemáticos, tenaces. Verá como llega...

—Será entonces de esos enamorados constantes, mucha constancia y mucha lealtad tibia. La naturaleza, como las mujeres, creo que gusta más de los otros, apasionados, ardientes. Recuerde el tapiz. Prescindiendo de las bestias, hay poca belleza en la materia, falta sentido del color, del ritmo.

—¿No exagera?

—No. Y además, ¡qué quiere! este amor a las vaquitas, esta humildad vacuna en un país de ganaderos ricos, ¿verdad que revienta un poco?

ZERO

Páginas íntimas

Vevey, 2, pace Orientale, 25 de abril de 1878.—

Mi querido amigo,

Comienzo a explotarte enviándote este pequeño croquis de Amberes y de sus fuertes, copiado de un plano de la ciudad y del mapa del estado-mayor. ¿Qué significa ese puente de ferrocarril que no se enlaza a nada? ¿Está terminado, en construcción o solo en proyecto? Y si está hecho o debe hacerse ¿cómo se enlaza con el ferrocarril de la orilla izquierda? Ten la bondad, mi querido amigo, de enviarme ese mapa con tus anotaciones.

Me hablas de tus dudas, de tus disgustos cuando ves a los obreros vivir al azar, sin preocuparse de la justicia, dispuestos a lapidar a su mejor amigo, si eso puede proporcionarles un bocado de pan. Si pudiese devolverte al ánimo diciéndote que triunfaremos un día, que la conciencia de la justicia se desarrollará en todos los hombres, que llegaremos a ser iguales y hermanos, lo haría con placer, pero, te confieso, amigo mío, estoy lejos de creer en el progreso como en un axioma. Por mi parte, lucho por lo que sé que es la buena causa, porque me conformo así con mi sentido de la justicia. Es una cuestión de conciencia y no una cuestión de esperanza. Que triunfemos o no, poco importa, al menos habremos sido los intérpretes de la voz interior.

No exigiendo nada al destino, todo lo que éste nos concede me regocija tanto más. En todo caso nos concede camaradas de lucha. No estamos solos en el combate. Lee en los periódicos lo que acaba de pasar en Rusia.

Para más tarde la continuación de esta conversación.

No he recibido tus artículos del *Werk*. Me llegó un sólo número, pero no he visto tu trabajo.

ELISEO RECLUS

Las conciencias son los centinelas de los instintos. La razón es la domadora de los apetitos. — G. Junqueiro

Un asesino sale muchas veces de una botella. — G. Junqueiro

CALCULO EXACTO

Hace pocos días asistía yo a una boda ... Pero no, prefiero contaros una fiesta de Navidad. La boda me agradó mucho. Era cosa linda; pero el otro suceso es más interesante todavía. Además, la boda es la que me ha recordado la fiesta. Váis a ver.

La víspera de año nuevo — de esto hace ya cinco años — fuí invitado a un baile de niños. El baile se daba en casa de un hombre de negocios, persona de mucho trato de gentes. Se traslucía a la legua que aquel baile no era más que un pretexto para reunirse los mayores con un fin interesado. Yo, que no pertenecía a la pandilla, ni tenía maldito el negocio de qué tratar, pude asistir a la velada como espectador. Había allí un personaje desconocido, que iba, como yo, a participar de aquella fiesta de familia.

Él fué el primero a quien ví. Un hombre alto, seco, muy serio, decentemente vestido. Pero fácilmente se notaba que también permanecía extraño a la fiesta. En cuanto podía retirarse a un rincón solitario, cesaba de sonreir y fruncía las negrísimas y tupidas cejas. Después supe que vivía en provincias, y que venía a la capital por un asunto muy complicado. Había presentado al dueño de la casa una carta de recomendación, y éste lo invitó por cortesía. No le propusieron jugar a las cartas, ni le ofrecieron cigarros, ni le hablaba nadie. (Seguro es que conocían al león por la uña) Y no sabiendo el desconocido qué hacer de sus manos, se atusaba continuamente las patillas — unas magníficas patillas — y las acariciaba con tanto mimo, que no parecía sino que las patillas habían nacido antes, y que él había venido al mundo después para cuidarlas.

Había otra figura que me interesó. Era muy distinta, ¡todo un personaje! Lo llamaban Julián Mastakovich. Desde el primer momento se adivinaba al huésped honrado: él era para el dueño lo que éste para el desconocido. Los amos de la casa le dirigían palabras afables, le obligaban

a beber, le colmaban de atenciones, le hacían la presentación de los demás convidados y a él no le presentaban. Noté igualmente que al dueño se le saltaron las lágrimas cuando Julián Mastakovic dijo que no había pasado hasta entonces una noche tan agradable como aquélla. No me encontraba yo muy a gusto cerca de semejante personaje; así que, después de haber mirado a los niños, me retiré a un saloncito completamente vacío. Allí me senté en una especie de estufa que ocupaba poco más o menos la mitad de la pieza.

Los niños estaban encantadores, y decididamente no se resignaban a ser mero remedo de los grandes, a pesar de los sermones de las madres y de las ayas. Desalojaron en un santiamén el árbol de navidad hasta no dejar rastro de una golosina, y rompieron la mitad de los juguetes antes de que terminara su reparto metódico. Me fijé en un chiquillo muy guapo, de larga cabellera rizosa; se había empeñado en matarme con una escopeta de madera. Pero quien hizo mi conquista sobre todo, fué su hermana, una niña de once años, "bella como un Amor", dulce, pálida, con ojazos pensativos, un poco saltones. En algo debieron molestarle los demás niños, porque acabó por venirse a jugar sola a las muñecas al salón donde yo me había retirado.

Los huéspedes se señalaban unos a los otros con admiración al ricacho, que era el padre de la niña; alguno insinuaba por lo bajo que ya tenía ahorrado para ella un dote de trescientos mil rublos. Me volví para ver a quien impresionaba más esta noticia, y mi mirada se detuvo en Julián Mastakovich, que, con las manos cruzadas a la espalda, escuchaba con suma atención la charla de sus vecinos.

Nunca se admirará bastante la sabiduría de los dueños cuando les tocó distribuir los juguetes. La niña que tenía ya trescientos mil rublos de dote, recibió una muñeca preciosa. Los regalos seguían después una progresión descendente, según la fortuna y el haber de los padres. El último de los niños, un chiquelo de diez años, flacucho y pelirrojo, tuvo que contentarse con un librito que trataba de las "bellezas de la naturaleza" y estaba lleno de relatos conmovedores, pero sin un grabado ni una viñeta siquiera. Su madre era el aya de la casa. Llevaba una chaquetilla de paño muy sencilla. Cogió su libro y anduvo largo rato dando vuelta alrededor de los juguetes. Bien hubiera él querido jugar con los otros niños, pero no se atrevía. Se veía que comprendía su situación.

A mí me gusta mucho observar a los niños. Es curioso ver manifestarse en ellos por primera vez una voluntad independiente.

Noté que el rojillo estaba tan fascinado por los juguetes, y en particular por el teatro, donde soñaba representar un papel, que se decidió a captarse la benevolencia de sus compañeros, sonriendo, y haciéndose el amable. Dió una manzana a un chicuelo que tenía un pañuelo lleno de regalos. Cogió en brazos a un chiquitín para subirlo al teatro, logrando con esa artimaña que lo dejasen estar allí. Pero no faltó al minuto un tunantuelo que le pegara. El muchacho no se atrevió a llorar. Apareció su madre, y le mandó que no estorbase a los niños. En seguida se retiró al salón donde estaba la muchachita. Ella se mostró más accesible y los dos se pusieron a vestir la muñeca.

Media hora hacía que estaba sentado en la estufa y casi dormitaba escuchando la conversación de los niños, el rojillo y la del dote de los trescientos mil rublos, que se agitaban alrededor de la muñeca, cuando de improviso entró Julián Mastakovich. Un momento antes yo había notado que él hablaba con animación al papá de la rica futura — un hombretón con el cual acababa de hacer conocimiento—: la conversación tenía por objeto el juego comparativo de las cargas del Estado.

Permanecía pensativo y parecía contar algo por los dedos.

—Trescientos... trescientos... —murmuraba. — Once... doce... trece... diez y seis — cinco años. — Supongamos a 4 por 100, 12..., 5 por 12, 60... Bueno; supongamos que tuviese entre todo, en cinco años, 400... Sí...; eso es... Pero ese miserable no admite el 4, sino quizá el 3 ó el 10 por 100... En fin; suponga-

nos 500, 600.000; no falta... ¡Hum! Corriente; lo demás para alfileres.

Después de haber hecho estas reflexiones, creo, y ya se disponía a salir de la estancia, cuando de pronto reparó en la niña y se detuvo. (No me vió; yo quedaba oculto entre las plantas. Me pareció muy emocionado. ¿Era su cálculo el que lo agitaba? Se frotaba las manos y no podía estarse quieto). Lanzó una mirada resuelta a su futura. Iba a aproximarse a ella, pero antes registró con los ojos el salón. Después, como si se hubiera reconocido culpable, se acercó de puntillas a la niña, se inclinó sonriente, y le besó el cabello. La niña, sobresaltada, dió un grito.

¿Qué haces aquí, hermosa? — preguntó en voz baja, sin dejar de mirar alrededor, y dando golpecitos en las mejillas de la niña.

—Estamos jugando...

—¡Ah! ¿Con él?

Julián Mastakovich miró de soslayo al muchacho.

—Vuélvete al salón, querido — dijo al mozalbete.

El chiquelo lo miraba en silencio, con los ojos muy abiertos. Julián Mastakovich echó otra ojeada en torno suyo, y se inclinó hacia la niña.

—¿Qué tienes ahí, querida? — le preguntó. — ¿Una muñeca?

—Una muñeca — respondió tímidamente la niña.

—¡Una muñeca!... ¿Y sabes tú de qué está hecha esta muñeca?

—No lo sé.

—Pues de trapitos, monina... Hijo, estarías mucho mejor en la sala con tus amiguitos — añadió Mastakovich midiendo de alto abajo al niño con una mirada severa.

Pero la muchacha y el chiquillo fruncieron el ceño y se agarraron de las manos. No querían separarse.

—¿Y sabes tú por qué te han dado esa muñeca? — continuó Julián Mastakovich, bajando más cada vez la voz.

—No sé.

—Pues porque has sido obediente y juiciosa durante toda la semana.

En aquel punto, Julián Mastakovich, más emocionado cada momento, miró otra vez alrededor de sí, y bajando aún más la voz:

—¿Me querrás tú, queridita — le pregunté — cuando yo vaya de visita a casa de tus padres?

Y diciendo así, hizo ademán de besar de nuevo a la niña; pero el rojillo, viéndola a punto de llorar, la cogió de las manos y se puso a gemir por simpatía.

Julián Mastakovich se incomodó:

—¡Vete! ¡Vete de aquí! ¡Anda a la sala con tus compañeros!

—¡Qué no! ¡Qué no! ¡El no tiene que irse! ¿Por qué no se marcha usted? — dijo la mostuela. — ¡Déjelo usted! ¡Déjelo!

Iba a llorar.

Se oyó ruido a la puerta. Julián Mastakovich irguió con terror su majestuosa estampa. Pero el rojillo tuvo más miedo que él; abandonó a la niña, y pegado a las paredes, se escurrió al comedor. Para evitar toda sospecha, Julián Mastakovich pasó también al comedor. Estaba encendido como una amapola, y se sintió muy atado al mirarse al espejo. Deploraba quizá su impaciencia. Probablemente se había dejado engatusar demasiado por las cuentas que había hecho por los dedos; porque, ¿no había obrado, imprudentemente, como un chiquillo? ¡Qué precipitación! ¿Por qué abordar así, secretamente, la cuestión, cuando no podía hacer cuestión real hasta dentro de cinco años lo menos?

Seguí al encopetado personaje al buffet, y allí asistí a un espectáculo extraño. Julián Mastakovich, rojo de despecho, hacía gestos espantosos al rojillo, que, alejándose más cada vez, no sabía ya dónde esconderse.

—¡Vete! ¿Qué haces aquí? ¡Vete, miserable! Estás robando las frutas, ¿eh? ¡Vete, miserable! ¡Anda a buscar a tus compañeros!

El chico, tomando una resolución desesperada, trató de ocultarse debajo de la mesa. Entonces su verdugo, en el colmo de la exaltación, sacó el pañuelo y empezó a darle zurriagazos.

Hay que añadir que Juan Mastakovich era algo grueso, de suerte que sudaba, resoplaba y se congestionaba terriblemente. En resumen: la indignación, y ¿quién sabe? quizá los celos, le ponían furioso.

Yo reía de carcajada.

Julián Mastakovich se volvió, y a pesar de todo su empaque no pudo ocultar cierto embarazo.

En ese trance entró por la otra puerta el amo de la casa.

El chico salió de debajo de la mesa, encogido de piernas y de brazos. Julián Mastakovich se llevó el pañuelo precipitadamente a las narices.

El dueño de la casa nos miró a los tres con sorpresa. Pero, como hombre listo, aprovechó la coyuntura que se le ofrecía para tener una conferencia a solas con su huésped.

—¡A propósito! — dijo señalando al rojillo: — éste es el muchacho de quien he tenido el honor de hablarle.

—¡Ah! — exclamó Julián Mastakovich.

—El hijo de la aya de mis niños — prosiguió el dueño de la casa en tono de súplica. — Una pobre mujer, viuda de un honrado chinovnik...; con que... Julián Mastakovich... si es posible...

—¡Ah! ¡No, no! — exclamó vivamente el interpelado. — ¡No! Dispénseme, Felipe Alexeievich. No puede ser. Me he informado; no hay vacantes, y, aunque las hubiese, existen ya diez candidatos que tienen más derecho que él. Lo siento mucho, lo siento muchísimo.

—Es una lástima... Es un niño modoso, reservado.

—¡Una buena pieza! Lo he observado ya — dijo Mastakovich — ¡Vete, chiquillo! ¿Por qué te quedas ahí? Anda con tus compañeros.

En este momento no pudo menos de mirarme con el rabillo del ojo. Tampoco yo pude contenerme y me reí en sus barbas.

Julián Mastakovich se volvió en seguida, y preguntó en voz muy alta a Felipe Alexeievich:

—¿Quién es ese jóven tan extravagante?

Luego se pusieron a hablar bajo, y salieron de la habitación. Los seguí con la vista. Julián Mastakovich escuchaba, moviendo la cabeza con aire desconfiado.

Después de haberme reído a mi sabor, volví a la sala. Allí el alto personaje, rodeado de padres y madres de familia, y de los dueños de la casa, hablaba animadamente con una señora que tenía de la mano a la niña de la muñeca. A la sazón Mastakovich alababa la belleza, la gracia y la educación de la angelical criatura.

La madre lo escuchaba con lágrimas en los ojos; el padre sonreía. El juego de los niños se había interrumpido. La atmósfera se impregnaba de gravedad.

En seguida la madre de la interesante niña, alterada por la emoción, rogaba a Mastakovich que le concediese la honra de frecuentar su casa. ¡Con qué entusiasmo aceptó él la invitación!

—¿Es casado este caballero? — pregunté en alta voz a un conocido mío, que se encontraba al lado de Mastakovich.

El aludido me clavó una mirada penetrante y furiosa.

—No — respondió mi amigo, muy dolido de mi torpeza.

Pues, señor: hace pocos días pasaba yo por delante de la iglesia de... Me llamaron la atención el gentío y los coches. Hablaban de un matrimonio. El día era triste. Hacía frío. Por distraerme, seguí a la multitud hasta la iglesia, y vi a los recién casados. El novio era un hombrecillo panzudo. Corría haciendo eses de acá para allá, dando órdenes. Por fin se esparció la voz de que había llegado la novia. Yo me colé al través de la muchedumbre, y divisé una maravillosa beldad de diez y seis años a lo sumo. Pero aquella beldad estaba pálida, triste y distraída. Me pareció que tenía encendidos los ojos, como si acabara de llorar. La severidad a la antigua de todas sus facciones, daba a su persona una expresión solemne, casi grave. Pero, al través de aquella gravedad y aquella tristeza, se transparentaba aún el candor de una fisonomía infantil, y parecía que aquel rostro de niña pedía merced silenciosamente.

Después de haber contemplado con atención a la recién casada, reconocí de pronto a Julián Mastakovich, a quien no había visto hacía cinco años justos. Miré entonces a la joven... ¡Dios mío! Salí a toda prisa de la iglesia. Por entre la gente se decía que la novia tenía quinientos mil rublos de dote... "Y tanto para alfileres!"

"El cálculo era exactísimo", pensé al tiempo de salir.

F. M. DOSTOIEVSKY

Ojeada general sobre el movimiento anarquista revolucionario de Italia desde 1914 hasta hoy

V

En 1919 la prensa y la propaganda anarquista habían adquirido un grandioso desenvolvimiento. Toda provincia, si no todo ciudad, tenía su periódico, pero no bastaba aún. El movimiento anarquista que se desarrollaba más y más tenía necesidad de que junto a la acción *di piazza*, se realizara una labor educativa, y sobre todo algo que pudiera servir como medio de ligazón entre las diferentes iniciativas y grupos que surgían a diario en gran número. En abril de 1919, precisamente en los días 12, 13 y 14, fué convocado en Florencia un congreso anarquista. Fué en esa reunión de los representantes de los grupos de toda Italia, donde algunos compañeros de Milán presentaron la proposición, aceptada unánimente, de la creación de un cotidiano anarquista. Pero el mismo grupo milanés — que había recibido el encargo y la confianza del congreso — inició también inmediatamente los trabajos de organización y de preparación de dicho cotidiano.

Y también en ese mismo congreso de Florencia se dió vida efectiva a la Unione Anarchica Italiana y se votó la siguiente resolución: "Los anarquistas de Italia, reunidos el 12 de abril de 1919 en congreso en Florencia, con el propósito de coordinar la acción anárquica para apresurar la emancipación económica y política de todos los explotados resuelven: activar la U. Anarquista Internacional, constituyendo la sección italiana como solemne pacto de solidaridad con todos los compañeros del mundo que están ya en lucha contra los opresores". Este congreso de Florencia, como el de Bolonia, celebrado un año más tarde, es sin duda uno de los congresos anarquistas italianos más importantes y ha dado verdaderamente buenos frutos. Dos cosas fueron elaboradas en esa reunión, si bien es cierto no de igual valor, pero ambas de una gran importancia para el movimiento italiano: el diario y la Unione Anarchica.

Propiamente cuando la lucha entre las fuerzas revolucionarias y reaccionarias era más encarnizada, la organización anarquista de Italia adquiere en cierto modo realidad y se presenta como organización bien definida, en el campo de la lucha al lado y en apoyo de todas las fuerzas verdaderamente revolucionarias. Y la lucha revolucionaria se extendía cada vez más en Italia, asumiendo formas más y más viriles y simpáticas. No era una lucha por la mera satisfacción de los derechos del "estómago" la que sostenía el proletariado italiano, y armado como lo estaba además por el entusiasmo, no dejó pasar ninguna ocasión para demostrar su voluntad de llevar la lucha a las más extremas consecuencias, no obstante no cesar sus "jefes" de predicar la calma, la resignación, la paciencia y la confianza en la obra pacífica del parlamentarismo. Y con un estado de ánimo tan sensible y excitable como el de las masas italianas, en el primer período revolucionario, la voz de los anarquistas no clamó en el desierto. El esfuerzo de los anarquistas para dirigir la acción revolucionaria más y más lejos, era coronado por un discreto éxito, pues las grandes masas comenzaban, aunque sin una concepción precisa, a seguir los consejos y la acción anárquica.

En 1910, Errico Malatesta, de regreso de su destierro de cinco años — regreso no muy deseado por el gobierno italiano, que había buscado todos los medios para crear dificultades a su vuelta— era acogido por las muchedumbres en todas las ciudades por donde pasaba con fé y júbilo.

Inmensas demostraciones lo esperaban en todas las localidades y millares y millares de personas lo escuchaban.

En tanto la campaña en pro de la revolución rusa se iba intensificando y obteniendo cada vez más simpatía. Se miraba hacia el lejano oriente con esperanza, viendo en él la ola de revolución que invadiría todo el mundo. Las demostraciones seguían a las demostraciones y para el 20 y 21 de julio de 1919, la Internacional socialista había anunciado una gran huelga demostrativa internacional. Huelga de solidaridad con la revolución rusa y húngara y de protesta contra toda expedición militar, envío de armas o una asistencia cualquiera a la reacción para el restablecimiento de gobiernos burgueses en el país en que el pueblo había realizado ya el "Socialismo".

Esa demostración internacional fué verdaderamente un fracaso, porqué, con exclusión, en parte, de Italia, en todos los demás países no se hizo nada, demostrando con eso a los gobiernos que, si verdaderamente querían, podían continuar en su obra de asesinato y de opresión de las diversas tentativas revolucionarias. Y eso hicieron los diferentes gobiernos.

De Francia, de España y también de Italia partieron continuas expediciones de armas y municiones destinadas a los generales contrarrevolucionarios en lucha sobre todo con la revolución rusa. Pero el proletariado italiano no quería favorecer de ningún modo ese crimen, y se interpuso con todas sus fuerzas y sin vacilación. Esa es una de las más bellas páginas de la lucha del proletariado italiano, página de sacrificio y de esperanza, sacrificio que dió sus frutos porque no se dejó impunemente al gobierno y al capitalismo de Italia que tomasen parte en la campaña y en la lucha emprendida por las otras naciones contra la Rusia revolucionaria. — A propósito, no estaría fuera de lugar recordar a los compañeros algunos de los numerosísimos episodios que se verificaban diariamente y que dan, mejor que una descripción, una idea de la conciencia revolucionaria de la masas italianas entonces.

En *Umanità Nova* del 21 de mayo de 1920 (año I, Nr. 71) aparece un llamado de la Camera del Lavoro de Sestri Ponente dirigido a los ferroviarios y concebido en estos términos: "Resulta que en el establecimiento Piaggio de Sestri Ponente han sido confeccionadas y cargadas en camiones armas fabricadas en tiempo de guerra y destinadas a ser enviadas a lugares de beligerancia. Que los compañeros ferroviarios vigilen. Firmado: Dettori". Y en la misma *Umanità Nova*, en una correspondencia de Padua, se leía:

"Los ferroviarios, teniendo noticia de que treinta vagones de granos eran destinados a la Destileria italiana de Padua para la fabricación de venenos alcohólicos, los secuestraron. Hay que notar que desde hace quince días la ciudad carece de harina. El grano confiscado asciende a cerca de 500 toneladas". A este interesante telegrama la redacción añadía el siguiente comentario": Ya lo dijimos, y ahora que los obreros de todas las industrias y de los transportes intervengan directamente para que el pueblo italiano no sea sometido al hambre ni envenenado por los especuladores que saben procurarse la complicidad de su gobierno. Los ferroviarios de Padua nos han escuchado. Por tanto no predicamos en desierto.

Muy bien y que se generalice la acción defensiva de la salvación y de la existencia del pueblo entero. Obrad, actuad... el gobierno, las leyes y los diputados vendrán después a sancionar el hecho cumplido". Y en el diario socialista *Avanti!* del 19 de mayo de 1920": Una de las naves rusas que se encuentran en el puerto de Genova ha intentado partir hoy. Pero destacamentos de la Federazione dei Lavoratori del Mare fueron a tiempo a bordo y lograron privar al motor de las partes vitales, de manera que su funcionamiento queda obstaculizado". y luego una lista detallada de las piezas del motor que fueron secuestradas, de manera que todos los marineros, en otra ocasión semejante, se pudiesen recordar dónde había que obrar para inmovilizar un barco. Más aún. *Umanità Nova* del 23 de mayo de 1920 publicaba esta correspondencia de Shantia: "A la estación ferroviaria local llegaron wagones procedentes de Avigliono y dirigidos a Suiza indicando como contenido muebles que figuraban expedidos por un ingeniero. Hoy se ha formado con esos wagones un tren con el

itinerario Arona-Suiza. Vistos los documentos se constató que no eran muebles sino material bélico destinado a Polonia lo que contenían los wagones. En conocimiento del asunto, el personal de la máquina se rehusó a marchar. Participaron en la negativa los ferroviarios locales y, no obstante las amenazas del jefe de la estación, los wagones fueron dejados en un desvío muerto." A este comunicado seguían los números de los wagones que componían el tren, a fin de impedir que se hicieran partir por separado y por otra vía.

Y así los hechos se multiplicaron diariamente y en toda la prensa revolucionaria se podía leer una larga serie de noticias parecidas, tanto que *Umanità Nova* abrió una rúbrica especial para describir este nuevo exponente de lucha. Pero los wagones que iban diariamente a pasar a los desvíos muertos por obra de los bravos ferroviarios italianos, no eran sólo los que contenían municiones, o granos dirigidos a las destilerías, sino también los que llevaban soldados o policías destinados a las localidades donde otros obreros se encontraban en conflicto. Otro episodio, entre los numerosos por el estilo, es dado a conocer por *Umanità Nova*, 26 de mayo de 1920, en un telegrama del 23—5 — Venecia. "Ayer a mediodía, con el tren dirigido a Verona debían partir muchos coches llenos de soldados, pero los ferroviarios se rehusaron a hacer marchar el tren". Y todo eso era seguido ininterrumpidamente por actos revolucionarios y hacía cada vez mas delicada la situación. Desde 1919 no había sido mas que un continuo acumulamiento y repetición de movimientos revolucionarios que creaban una situación más y más favorable al desenvolvimiento de una acción general regeneradora. Sobre todo por parte de los anarquistas, con su cotidiano *Umanità Nova*, cuya publicación se inició el 26 de febrero de 1920, se contribuyó grandemente al desenvolvimiento de la sensibilidad revolucionaria en las masas italianas, creando una atmósfera verdaderamente apta para una vasta y profunda revolución. Entre las masas trabajadores italianas la sensibilidad revolucionaria y subversiva era tal que bastaba el más mínimo e insignificante episodio para echarlas a la calle en son de protesta. Así, cuando a principios de junio de 1920 el gobierno, con un decreto "real" aumentó el precio del pan, el descontento se propagó fulmíneo y con violencia. En toda Italia tuvieron lugar grandiosas demostraciones y huelgas generales, como por ejemplo en Bari, Brescia, Roma, pero sobre todo en Milán, donde, después de un grandioso mitin — celebrado el 7 de junio — tuvo lugar una violenta batalla entre la policía y los demostrantes, mientras que los soldados enviados a reprimir la revuelta se pusieron a cantar himnos revolucionarios con los demostrantes.

Y mientras en Italia la situación se presentaba cada vez más grave para la burguesía, en las colonias las cosas iban peor aún. En especial Albania no quería saber nada del protectorado de Italia, y los rebeldes albaneses opusieron una encarnizada resistencia a las tropas italianas que intentaban invadir sus territorios. Para poder continuar en esa empresa imperialista eran necesarias nuevas víctimas, era necesario que nuevas jóvenes existencias se dejasen inmolar en el altar del militarismo; precisamente eso no querían permitir que se hiciera la población y los soldados. Las demostraciones contra la carestía del pan y contra la empresa colonial albanesa, se repetían a diario en todas partes. Los días 9, 10 y 11 de junio los ferroviarios de Crémona declararon la huelga para impedir la partida de aquella estación de wagones cargados de municiones y cañones. El 11 de junio a medio día, vista la resistencia del gobierno, también los ferroviarios de Milán declararon la "huelga de brazos caídos" en solidaridad con los de Cremona. Las tentativas de sofocar esa huelga con medios violentos fueron vanas, porque los trabajadores vigilaban por todas partes. En Piasencia, el 9 de junio, los ferroviarios y los tranviarios se negaron a transportar los carabineros destinados a Cremona. En Taranto, el vapor Pietro Calvi, con tropas y municiones a bordo es desarbolado por la Federacione dei Lavoratori del Mare, porque se sospecha que las tropas son destinadas a Vaiona (Albania). El secretario federal D'Amico ha enviado, escribe *Umanità Nova* el 10 de junio, un ultimátum al comandante del Calvi para "una explicita explicación sobre el itinerario del barco, que permanecerá paralizado hasta nuevas disposiciones". Los obreros de los establecimientos Ansaldo de Sestri Ponente, adherentes a la Unione Sindacale Italiana, rehusan el 21 de junio fabricar nuevas municiones. Dada la obstinación de la dirección, los obreros declaran la "huelga blanca".

El descontento y la hostilidad contra una nueva empresa guerrera no sólo invadía la masa trabajadora italiana, sino también el ejército, que comenzaba también a demostrarlo al simpatizar con los demostrantes, como en Milán durante las demostraciones y los encuentros armados del 7 de junio; en Trieste, en la noche del 11 de junio, algunos centenares de arditi organizaron una grandiosa demostración en las calles de la ciudad al grito de "*¡Abajo la guerra!*" Es el primer episodio de revuelta militar contra la empresa albanesa, que un mes más tarde debía conducir a la famosa revuelta de los bersaglieri de Ancona. En la jornada del 11, habiéndose tenido noticias de que se encontraban en el puerto, prontos, dos vapores, un grupo de arditi fué a la sede del diario socialista *Il Lavoratore* a denunciar el hecho. La edición vespertina del diario socialista hacía pública la noticia, protestando violentamente contra el embarco eventual de tropas para la guerra de Albania a beneficio de los fines imperialistas de la burguesía. La noticia produjo un vivo movimiento de opinión entre las tropas acuarteladas en Trieste y entre los arditi el firme deseo de no embarcar. Por la noche una fuerte columna de arditi, acompañada de millares de trabajadores, se dirigieron, cantando himnos revolucionarios, hacia el cuartel donde, en lugar de disolverse, se aumentó con nuevos arditi y soldados que se encontraban en el cuartel, y el cortejo atravesó luego por las vías centrales de la ciudad. Durante la noche la situación se calmó, pero al día siguiente el gobierno comunicó que los arditi de Trieste "no debían partir para Albania". Como lo demuestra toda esta serie de acontecimientos, la irritación contra el aumento del precio del pan y contra toda empresa colonial no disminuía, no obstante las afirmaciones continuas del gobierno que aseguraba "que tampoco quería él la guerra y que ya estaba tomando medidas respecto del precio del pan".

Los acontecimientos de junio, los hechos de Milán contra la carestía del pan, la cuestión de los arditi de Trieste, los hechos de Piombino y de Ancona después, habían creado una situación de tal modo irritable que en lo sucesivo no fué ya un misterio para nadie que, sobre todo después de las revueltas militares, para combatir una eventual revolución le faltaban al gobierno elementos fuertes y fuerzas leales. En efecto, ¿cuáles eran las fuerzas que podían obstaculizar la revolución? ¿El fascismo? Entonces se complacía en proclamar ideas republicanas, y hablaba, además, de revolución y de constituyente. ¿El ejército? También él se rebelaba. Sólo entre los jefes, en los guías electos del proletariado estaba el peligro, peligro que creció con la difusión del movimiento, hasta que, llegado el momento de la decisión, éstos optaron por la... reacción. Y en realidad fueron los jefes los que con todos sus medios y su autoridad maniobraron para que todo movimiento se agotara localmente, se circunscribiese en el ambiente más reducido posible. Así sucedió durante la gran agitación contra la carestía de la vida en 1919. Así sucedió durante todos los movimientos de revuelta de 1920. Cuando aconteció la rebelión de Ancona y ésta comenzó a extenderse en el ángulo Fabriano-Ancona y Ancona-Pesaro, y en Piombino las masas armadas con toda suerte de armas, revólveres, bombas, etc., asaltaron los negocios, y en el Cadore y en toda la provincia de Belluno se declararon en huelga, los jefes emplearon todos sus medios, no en coordinar, no en unificar y extender la revuelta, sino en reducirla, en sofocarla. Y entonces sólo hubiera hecho falta un poco de honestidad en los jefes para llevar la lucha a la victoria, pues las provincias limítrofes se habían lanzado a la lucha, como por ejemplo en la de Belluno, donde la muchedumbre dominaba la situación y la bandera roja flameaba en todos los edificios públicos. Entonces, cuando ardía la revuelta por doquier y el pueblo se había entregado a ella con entusiasmo y con voluntad, se debió procurar que los movimientos no quedaran desligados y mutuamente ignorados, que no se consumieran en espera de que siguieran su ejemplo en otras partes. No se debió dejar que la revuelta cesara en un lugar para desencadenarla en otro, a fin de que las fuerzas reaccionarias, aunque débiles, pudieran vencer con facilidad todo movimiento.

El error unánime, pero sobre todo de los elementos verdadera y sinceramente revolucionarios, fué creer, aunque solo por un instante, en la sinceridad revolucionaria de los elementos dirigentes de las grandes organizaciones económicas y políticas, como la C. G. T. y el Partido socialista, que simulaban ser revolucionarios cuando sólo eran los más feroces verdugos de la revolución. Nos basta, para demostrar una afirmación que podría parecer parcial a quien no conozca el desenvolvimiento de los acontecimientos italianos, de 1920 sobre todo, citar dos hechos: Piombino y Ancona.

La revuelta de Piombino comenzó el mismo día que la de Ancona, pero a causa de la interrupción de las comunicaciones, la una no conocía la situación y el desenvolvimiento de la otra más que a través de las pocas e interesadas noticias de la prensa.

En Piombino los hechos se desarrollaron así: La multitud, a consecuencia del continuo aumento de los víveres, inició el 26 de junio el saqueo de los negocios. Un grupo de carabineros intentó obstaculizar el avance de las masas demostrantes abriendo el fuego [illegible] una ametralladora, pero una bomba [illegible] una ventana contigua la destruyó en pedazos e hirió de muerte a un gran número de carabineros. Hacia las tres de la tarde tuvo lugar una encarnizada batalla, batalla en que la ciudad [illegible] totalmente en manos de los rebeldes, que entre otros puntos habían logrado conquistar el cuartel de los carabineros, obligando a las tropas que se habían refugiado en él a abandonarlo rápidamente. En la estación ferroviaria fueron izadas banderas rojas y negras, y la línea fué ocupada hasta Campiglia. Los ferroviarios hicieron pronto causa común con los rebeldes. Por la noche dos buques de guerra desembarcaron una enorme cantidad de guardias regias y de carabineros, mientras que por la parte oriental de la ciudad llegaban varias secciones de autos blindados, que después de muchos esfuerzos consiguieron entrar en la ciudad, donde la población les opuso una continua y enérgica resistencia. Sobre todo en los alrededores de la estación ferroviaria tuvo lugar una lucha encarnizada.

La revuelta duró algunos días, pues creyendo estar solos, careciendo en absoluto de noticias de las otras ciudades, Piombino cedió. Pero en Ancona y en casi todas las Marcas la lucha continuó encarnizadamente.

HUGO TREUE

(*Continuará*).

La idea anarquista: su pasado, su porvenir

XIV

Las grandes derrotas y persecuciones de los jóvenes movimientos revolucionarios en Francia, en España y en Italia en 1871, 1873 y 1874 habían puesto un fin provisorio a las esperanzas de revolución general, — que esta vez sería una revolución social, — que se abrigaban antes de 1870 en el mundo nuevo de la Internacional. Sin embargo algunos, como De Paepe en Bélgica, perdían la fe en la libertad y se aproximaban al estatismo; otros, sin embargo, intensificaban, sea la teoría, sea el método de la acción. Se estaba más aislados de lo que se había creído; por eso se avanzó tanto, tanto más en el dominio de la idea o se emplearon medios más agudos, más decisivos en el dominio de la acción. Estas dos tendencias conducen, hacia 1876, a la idea del comunismo anarquista y al medio de acción del hecho insurreccional o de la *propaganda por el hecho*.

No quiero decir por eso que no se había pensado antes en esa idea y esa táctica, pero se conservaba entonces la esperanza de que las masas se levantarían y esa esperanza decayó, la hostilidad absoluta de los socialistas autoritarios se hizo manifiesta también y entonces no había más que dos caminos: perfeccionar la idea y obrar por sí mismos.

En una sección francesa de Ginebra, *L'Avenir*, compuesta en parte de refugiados lyoneses, un ambiente muy obrero — es la sección que en el congreso de 1873 insistió para que la Internacional no admitiese más que obreros manuales; Andignoux, Ostyn, Perrare y Dumartheray, delegados, — en ese grupo el comunismo anarquista se diseña como resultado de muchas discusiones en que el espíritu reflexivo, serio de los lyoneses, diferente del espíritu más ligero de los parisienses, intervino probablemente para algo. Al comienzo de 1876 Francisco Dumartheray (nacido en Saboya, cerca de Ginebra), en su pequeño folleto *Aux Travailleurs manuels partisans de l'action politique* (16 pp. en 32°) escribió: "El grupo va a publicar próximamente un folleto sobre el asunto del *comunismo anarquista*", en el cual sería definido éste. El folleto no apareció, pero es la primera vez, que yo sepa, que se imprimieron esas palabras juntas.

En mayo de 1876, J. Guillaume, en el *Bulletin* jurasiano, emplea los términos "comunistas no-autoritarios o colectivistas"; los identifica, pues, y dice aún: "Las palabras *anarquía* y *anarquistas* son, a nuestros ojos y a los de muchos de nuestros amigos, términos que se debería renunciar a emplear, porque no expresan más que una idea negativa sin indicar una idea positiva, y que se prestan a equívocos molestos". — Un corresponsal del *Bulletin* en esa misma ocasión (14 de mayo), que firma P. R., se pronuncia a favor del disfrute "en común" de los frutos del trabajo. En su libro (Vol. IV, páginas 14-15) Guillaume no dice quién fué P. R.; de ese silencio, ¿se concluiría que no fué Paul Robin, de quien son las iniciales? Guillaume insiste: "quien dice colectivista, según nuestra definición, dice partidario de la libre federación y de la autonomía"; Benoit Malon (comunista de inclinación estatista entonces) había distinguido entre los colectivistas estatistas, como De Paepe, a quienes llama colectivistas, y los colectivistas anarquistas (jurasianos). Guillaume protesta, pero el acaparamiento del nombre por Malon y Guesde se hizo pronto regla general. Después de la marcha de Guillaume (1878) y el silencio de los más antiguos jurasianos, el nombre de colectivista desapareció, menos en España.

El discurso de Eliseo Reclus, pronunciado el 18 de marzo de 1876, en la gran reunión internacional celebrada en Lausana, sería probablemente también uno de los primeros documentos del comunismo anarquista; se habla de él por tradición, pero no se ha conservado.

En Italia, en el verano de ese mismo año, Emilio Covelli, Carlos Cafiero y E. Malatesta, en Nápoles, reunidos en ese intervalo, entre el fin de las persecuciones de 1874 y antes del nuevo período de acción (1877), al discutir las ideas llegan a las ideas comunistas libertarias, juzgando imposible separar claramente instrumento y producto del trabajo y exigiendo el libre acceso a los productos del trabajo. Estas ideas son aceptadas por el congreso de Florencia de la Federación italiana, en octubre. Este hecho es dado a conocer en el periódico anarquista alemán redactado por Paul Brousse en Berna (28 de octubre) y por Cafiero y Malatesta en una carta al *Bulletin* jurasiano (3 de diciembre de 1876): "La Federación italiana considera la propiedad colectiva de los productos del trabajo como el complemento necesario del programa colectivista; el concurso de todos para la satisfacción de las necesidades de cada uno es la única regla de producción y de consumo que responde al principio de solidaridad". Andrea Costa escribió (en 1881, 15 de septiembre) que fué él quien habló primero en Italia abiertamente del "comunismo anarquista"; Costa fué puesto en libertad al finalizar el gran proceso de Bolonia, en junio de 1876, y ha podido muy bien formular él también entonces esa idea durante su período de gran actividad propagandista en Romaña, de julio de 1876 a abril de 1877.

Se ve que esa era una idea nueva que brotaba por todas partes: había anarquía-

tas cuyas ideas se desvanecían (como De Paepe) y eso ha debido dar a otros el impulso para intensificarlas, y se eliminó los últimos rastros de autoridad, el reparto individual de los productos del trabajo que exigiría cálculos, administradores, y destruiría la solidaridad.

Había poca ocasión entonces para una propaganda teórica de la nueva idea en Italia, pues durante el invierno de 1876 a 1877 Cafiero, Malatesta y otros preparaban el movimiento insurreccional que estalló prematuramente en las montañas de la provincia de Benevento en abril de 1877, y a consecuencia del cual todos esos militantes pasan más de un año en prisión y luego son dispersados por el destierro o nuevas persecuciones. No había periódicos de alguna permanencia más que *Il Martello*, redactado por Costa, en Fabriano, Jesi (1876) y una nueva serie en Bolonia (enero a marzo de 1877) y *L'Anarchia*, de Covelli, en Nápoles y en Florencia (agosto a octubre de 1877), luego *Il Nettuno*, en Rimini (1877-78) y *L'Avvenire*, en Módena, en 1878; todos son periódicos a menudo confiscados y suprimidos pronto en los cuales no habrá que buscar ensayos teóricos, aunque *L'Avvenire* contiene la primera historia del movimiento italiano (por A. Pistolesi). — Andrea Costa, refugiado en Suiza (abril-agosto de 1877) tenía la palabra libre. Ha recordado en 1881 que sostuvo el comunismo anarquista en los congresos de Verviers (de la Internacional, septiembre) y de Gante (congreso socialista universal) "escandalizando un poco a los españoles y a los jurasianos". Los españoles eran Morago y Soriano, los jurasianos fué Guillaume, el cual dice que Costa y Brousse formaban frente a él. "la extrema izquierda" ("L'Int.. IV., pág. 260, note 3), pero que no entra en el detalle de esas diferencias.

Pedro Kropotkin, en 1877, en el Jura, había quedado en buenos términos con Guillaume y con Brousse y había ayudado a los tres periódicos, el *Bulletin*, la *Avant-Garde* (francesa) y el *Arbeiter-Zeitung* (alemán), redactados estos dos últimos en primer lugar por Brousse. En esas circunstancias y como se actuaba entonces mucho en propaganda y en organización, no fué abordada una discusión teórica de las nuevas ideas, pero, cuando, en la primavera de 1877, desearon agruparse algunos obreros alemanes de Suiza, se imprimen los Estatutos del partido comunista anarquista de habla alemana (*der deutschredenden anarchisch-kommunistischen Partei*) de acuerdo a un proyecto hecho por Kropotkin que primeramente había propuesto el nombre: "Partido anarquista comunista alemán" (según una carta que le dirigió Emil Werner, de Berna, el 4 de mayo). Este pequeño hecho muestra que entre James Guillaume, que permanecía colectivista, aún sosteniendo (al menos ha sostenido siempre eso cuando yo le hablé, desde 1903 en adelante) que subentendía el comunismo y no un sistema de reparto por medida, y los italianos y otros, Kropotkin se colocó desde el principio de parte del comunismo libertario, aunque en los años 1877 y 78 en que trabaja y viaja mucho no ha llegado aún a elaborar esas ideas.

Ha hecho eso ampliamente, como se sabe, a partir de 1879 en *Le Révolté*, Ginebra. En su informe *La idea anarquista desde el punto de vista de su realización práctica*, leído el 12 de octubre de 1870 en La Chaux-de-Fonds, en el congreso jurasiano, dice en las conclusiones: Los anarquistas quieren el "comunismo anarquista como fin con el colectivismo como forma transitoria de la propiedad".

No fué sino en el congreso jurasiano de octubre de 1880, celebrado en la misma ciudad, cuando el colectivismo propuesto a ese congreso en el *Programa socialista* elaborado por Schwitzguébel, fué combatido por Kropotkin, Reclus, Cafiero y otros y definitivamente abandonado; el "comunismo anarquista" fué aceptado entonces. En ese congreso Cafiero pronunció su discurso famoso *Anarquía y Comunismo* que se encuentra en *Le Révolté* del 13 al 27 de noviembre de 1880; en italiano: *Anarchia e comunismo* (Livorno, 1892), en español en *El Perseguido* (Buenos Aires) en 1892, etc., un documento a menudo traducido y que es la primera expresión franca y completa y la explicación de esas ideas en el movimiento renovado; porque la memoria de los comunistas libertarios precursores había desaparecido.

Habría que volver a releer el artículo *Comunismo y anarquía* en el *Révolté* del 25 de junio de 1887, escrito sin duda por Kropotkin; se dice allí: ..."no había que vacilar; era preciso declararse comunista... es lo que se hizo, espontáneamente, sin entente previa, primero en Italia, en un congreso cuya fecha y lugar no recordamos (alrededor de Florencia, octubre de 1876), después en el congreso de la Federación Jurasiana, en la Chaux-de-Fonds (octubre de 1880)"...

No existe quizás testimonio formal de una primera profesión del comunismo anarquista por Eliseo Reclus (su discurso del 19 de marzo de 1876 no ha sido conservado, etc.), pero no ha conocido nunde otra manera de encarar la anarquía que esa. Pienso que eso lo alejó de Bakunin y de Guillaume, cuyas miradas, dirigidas hacia la acción inmediata (Bakunin) y la organización ante todo (Guillaume), le han debido parecer demasiado positivas, demasiado especializadas, no bastante amplias en una palabra. Se mantiene al margen y se acerca al movimiento cuando éste pierde su carácter un poco formalista aún. Kropotkin se sumerge con un interés y una intensidad enorme en los mil y un detalles del movimiento en 1877; Reclus se abstiene de él lo más posible, aun dando una mano donde era preciso. Vemos la amplitud de sus miras en un pequeño escrito sobre la anarquía, publicado en el *Travailleur* de Ginebra, enero-febrero de 1878: *L'évolution legale et l'anarchie* (páginas 7 a 14; reproducido por el SUPLEMENTO de LA PROTESTA, año I, núm. 40). Es probablemente la más bella obra anarquista después de los escritos de Bakunin. No se encuentra allí ni la palabra colectivismo ni la de comunismo, pero se encuentra el verdadero espíritu de la anarquía, — "la unión de los hombres libres que vivirán sin amos y realizarán la profecía de nuestro gran antepasado Rabelais: ¡Haz lo que quieras!"

Francisco Dumartheray, del grupo *L'Avenir*, ya mencionado, el único superviviente de esa época, el comunista anarquista de 1876, sino de antes, cooperó con Kropotkin en la fundación del *Révolté* (22 de febrero de 1879) y fué uno de los más activos del grupo primitivo de ese periódico, al que pertenecieron Kropotkin, George Herzig, Thomachot, Charles Perron, Reclus...

Esas ideas fueron, pues, aceptadas ante todo por los italianos, los franceses, algunos suizos como Herzig en Ginebra y Kachelhofer, de lengua alemana, en Berna, por los obreros alemanes que trabajaban en Suiza, Emil Werner, A. Reinsdorf y otros, y por Kropotkin, ruso.

Por lo que precede se habrá visto que el comunismo anarquista, claramente entrevisto y esbozado por Dejacque y Coeurderoy veintiocho años antes, no data de Kropotkin, de Reclus y de *Le Révolté*, como se dice algunas veces sumariamente, sino que todo el anarquismo que conservaba su ímpetu, su intensidad de 1870-80 culminaba en él; cuando ese anarquismo permanece estacionario, como para los jurasianos, se queda en el colectivismo y se vuelve a encontrar venticinco años más tarde en el sindicalismo (el caso de James Guillaume); cuando languidece se confunde con el comunalismo (el caso de N. Joukowski y otros) o se vuelve hacia atrás, hacia el estatismo (el caso de De Paepe).

Para estudiar a Kropotkin como merece serlo, harían falta tres trabajos preparatorios que no puedo improvisar o precipitar aquí: el estudio de su antiguo diario, sus impresiones anotadas en Siberia y que nos conducen probablemente a la fuente de sus ideas sociales; luego el exámen en detalle de su gran trabajo tan claramente anarquista: *¿Hay que ocuparse del exámen del ideal de la organización futura?...*, escrito en Rusia en 1873 y publicado en su mayor parte (de acuerdo a una impresión de ese documento confiscado hecha por orden del gobierno en 1875) en una colección rusa de 1922. Es un documento vasto y un poco crudo, como los primeros escritos anarquistas de Bakunin en 1866, pero es evidentemente indispensable para la historia de sus ideas. De esa época existen aun suyas ciertas partes agregadas a dos folletos revolucionarios rusos, escritas para la propaganda campesina. El tercer grupo de materiales, es su correspondencia de los años 1876 a 1880 o lo que se conservó de ella; su estudio es indispensable para comprender ese período de transición en que lo viejo sucumbía en lo nuevo. No pudiendo resumir los estudios que quedan aún por hacer, paso a la primera memoria de Kropotkin, leída a los jurasianos: *Idea anarquista desde el punto de vista de su realización práctica* (Ginebra, imprenta jurasiana, 4 págs. en 4°).

He aquí algunos extractos:

..."2. La revolución económica puede adquirir caracteres diversos y tener diferentes grados de intensidad en los diversos pueblos. Pero importa que, cualquiera que sea ese carácter, los socialistas de todos los países, aprovechándose de la desorganización de los poderes durante el período revolucionario, apliquen todas las fuerzas a realizar en una vasta escala la transformación del régimen de la propiedad, por la expropiación pura y simple de los detentadores actuales de las grandes propiedades territoriales, de los instrumentos de trabajo y de los capitales de toda especie, y por la toma de posesión de todos esos capitales por los cultivadores, las organizaciones obreras y las comunas, agrícolas e industriales [impreso: municipales]. — El hecho de la expropiación debe ser realizado por los trabajadores mismos de las ciudades y de los campos. Esperar que un gobierno cualquiera la haga, hubiera sido un error profundo: porque la historia nos enseña que los gobiernos, aun cuando hayan salido de la revolución, no han hecho nunca más que dar una sanción legal a los hechos revolucionarios realizados... Por otra parte, una medida de esta importancia quedaría letra muerta, si no hubiera sido realizada libremente en cada comuna, en cada lugar del territorio, por los interesados mismos".

3. La expropiación y la puesta en común del capital social debe realizarse en todas partes donde ese hecho sea posible y desde que la posibilidad se presente, sin inquirir si la totalidad o la mayoría de Europa o del país está dispuesta a aceptar las ideas del colectivismo... Por otra parte sería ocioso discutir si es necesario o no esperar que las ideas del colectivismo sean aceptadas por la mayoría de una nación para ponerlas en práctica; porque es seguro que a menos de constituirse en un gobierno que fusilaría al pueblo, los socialistas-doctrinarios no impedirán que la expropiación tenga lugar en las localidades más avanzadas en su educación socialista, aun cuando la gran masa del país permanezca todavía inerte."

"4. Una vez realizado el hecho de la expropiación y una vez quebrantada la fuerza de resistencia de los capitalistas, surgirá necesariamente, después de un período de tanteos, una nueva forma de la organización de la producción y del cambio, limitada primero, ampliada después; y esa forma será mucho más conforme a las aspiraciones populares y a las exigencias de la vida y de las relaciones mutuas que toda teoría, — por bella que fuese, — elaborada sea por el pensamiento y la imaginación de los reformadores, sea por los trabajos de un cuerpo legislativo cualquiera. Sin embargo, no creemos engañarnos al prever desde hoy que las bases de la nueva organización serán — al menos en los países latinos, — la libre federación de los grupos productores y la libre federación de las comunas y de los grupos de las comunas independientes".

"5. Si la revolución pone inmediatamente en práctica la expropiación, recibirá una fuerza interior que le permitirá resistir frente a las tentativas de formar un gobierno que tratará de estrangularla como a los ataques que podrían producirse del exterior"...

"6. Para que la revolución aporte todos los frutos que el proletariado tiene derecho a esperar... es necesario que el período revolucionario dure varios años, a fin de que la propaganda de las ideas nuevas no se limite sólo a los grandes centros industriales, sino que penetre hasta las aldeas más aisladas, a fin de vencer la inercia que se manifiesta necesariamente en las masas antes de que se lancen hacia una reorganización fundamental de la sociedad para que, por fin las ideas nuevas tengan tiempo de recibir el desenvolvimiento ulterior, necesario al progreso real de la humanidad. Por lo tanto, lejos de tratar de constituir inmediatamente, en el lugar del poder derribado, un nuevo poder que, nacido al comienzo de la revolución, cuando las ideas nuevas comiencen solamente a despertarse, será fatalmente conservador por su esencia: lejos de procurar crear un poder que, representante de la primera fase de la revolución, no haría más que obstaculizar el libre desenvolvimiento de las fases ulteriores, y que tendería fatalmente a inmovilizarla y a circunscribirla, — es deber de los socialistas impedir la creación de todo nuevo gobierno y de despertar, al contrario, las fuerzas del pueblo, destructoras del antiguo régimen y creadoras al mismo tiempo de la nueva organización de la sociedad"....

"11. Persuadidos de que el modo de agrupación que va a realizarse en un porvenir próximo (al menos en los países de origen latino), será la Comuna, independiente del Estado, que abolirá en su seno el sistema representativo y realizará la expropiación de las materias primas, instrumentos de trabajo y capitales, en proyecho de la comunidad, creemos necesario poner a estudio serio la comuna colectivista, y discutir la parte que los anarquistas tendrán en la lucha que se produce actualmente en el terreno político y económico, entre la comuna y el Estado" ...

Esta última idea (la comuna) ocupaba a Kropotkin de una manera práctica en el verano de 1878; hago alusión al congreso de Fribourg de la Federación jurasiana (primeros días de agosto) cuya crónica se encuentra en la *Avant-Garde*. La situación de las secciones era entonces más que precaria, y para reanimar el movimiento, a proposición de Kropotkin, se resolvió tomar parte en la agitación comunal. Se hizo eso en efecto en una pequeña escala: conozco la hojita de papel rojo impresa a consecuencia de esa decisión: se echa un boletín inscrito *La Comuna* en las urnas en las elecciones municipales. Esa tentativa minúscula en Suiza no tuvo consecuencias, pero en Francia Paul Brousse, poco después, estableció su "posibilismo" sobre bases semejantes, comunistas y federalistas al principio, pero que convergieron fatalmente hacia el estatismo completo y se encontraron así con el guesdismo, que siempre partía del Estado.

Ese es uno de los incidentes en la investigación de los medios de acción, cuestión tan importante y a menudo más urgente que la de las ideas.

Puesto que las revoluciones generales habían fracasado (1871 a 1874), los italianos primero, en su congreso de Florencia, en octubre de 1876, se declararon por la acción mediante el hecho insurreccional. Sus delegados al congreso de Berna, Cafiero y Malatesta, repiten en el *Bulletin* jurasiano del 3 de diciembre que: "La Federación italiana cree que el hecho insurreccional, destinado a afirmar por actos los principios socialistas, es el medio de propaganda más eficaz y el único que, sin engañar y corromper las masas, puede penetrar hasta en las capas sociales más profundas y atraer las fuerzas vivas de la humanidad a la lucha que sostiene la Internacional". Esto fué escrito por hombres que se disponían a conformar sus actos a sus palabras: la insurrección que estalló prematuramente y en una escala demasiado pequeña en la provincia de Benevento en abril de 1877 debía ser ese hecho insurreccional. Se contaba operar en una estación menos favorable, defenderse en posiciones inexpugnables hasta atraer la atención de los revolucionarios y del pueblo de toda Italia que entonces se habrían levantado localmente, imitando la iniciativa dada. (Esta idea era también una de las ideas favoritas de Bakunin que, por ejemplo, había dado en 1869 consejos de obrar así, en una parte retirada y bien aprovisionada de los Balkanes, a los revolucionarios nacionalistas búlgaros).

Esta acción ha dado origen a *la propaganda por el hecho*, frase que Jules Montels (de la sección de la propaganda y de la acción revolucionaria de Ginebra) ha empleado, según parece, por primera vez en una carta escrita al *Bulletin jurasiano*, relatando que Costa daría el 9 de junio de 1877 una conferencia sobre ese título. El 5 de agosto de 1877, en ausencia de Guillaume, un artículo no firmado del *Bulletin*, — de que es autor Paul Brousse, — es titulado *La propaganda por el hecho* dice: "desde hace algún tiempo se habla a menudo en la Federación jurasiana de una cosa cuyo nombre al menos es nuevo: *la propaganda por el hecho*." ...

(Continuará)

Max Nettlau